BRUGUERA

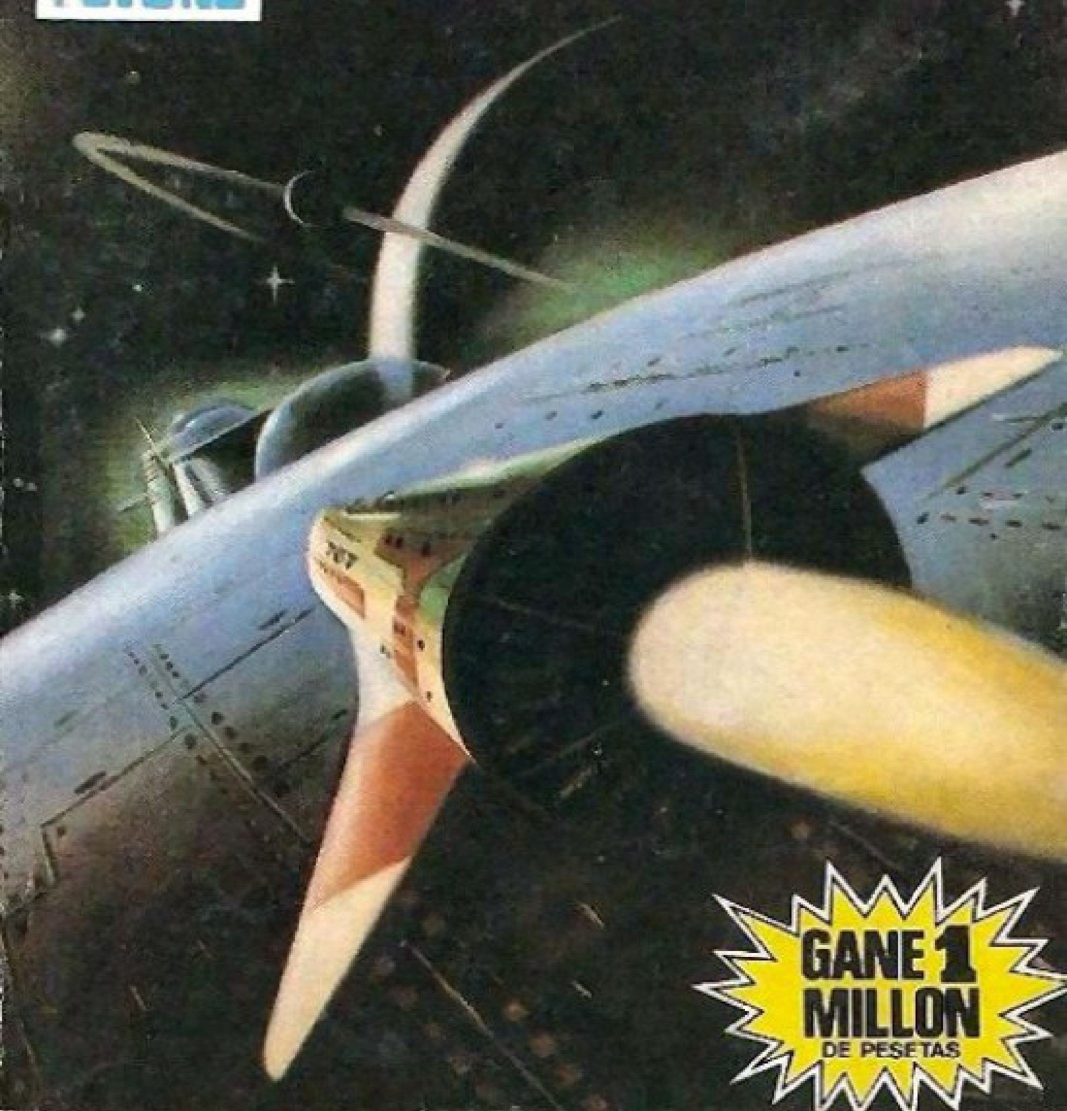
BOLSILIBROS

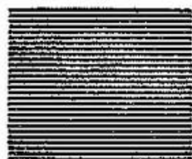
FUTURO

HEROES ESPACIO

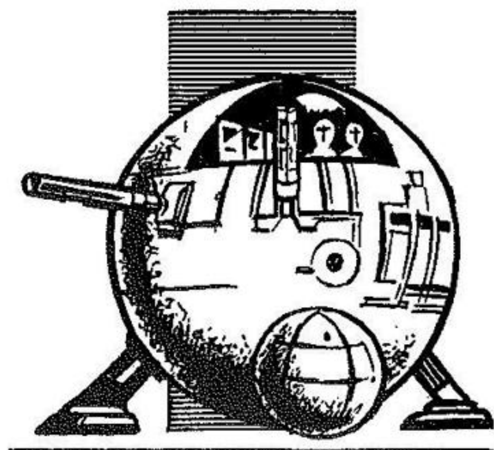
TERROR EN LA «ALPHA-3000»

JOSEPH BERNA





héroes del ESPACIO





ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Selección Terror
La Conquista del Espacio

JOSEPH BERNA

TERROR EN LA "ALPHA-3000"

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 230
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, *S. A.*
CAMPS Y FABRES. 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09281 0
Depósito legal: B. 40.315 1984

Impreso en España Printed in Spain

1.º edición en España: enero, 1985
1.º edición en América: julio, 1985

Impreso en los Tal eres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallès
(Barcelona) 1985

CAPITULO PRIMERO

Año 2185.

La «ALPHA-3000», moderna y poderosa nave interestelar, orgullo de la ingeniería espacial terrestre, surcaba el Cosmos propulsada por sus varios reactores nucleares, lo que le permitía alcanzar unas velocidades realmente fantásticas.

Hacía casi dos meses que había partido de la Tierra, en una larga pero importante misión de exploración espacial. Y, de no surgir imprevistos que obligasen al comandante Zindler a alterar los planes, la «ALPHA3000» tardaría otros dos o tres meses en regresar a la Tierra, pues faltaba todavía mucho por explorar.

Jürgen Zindler contaba treinta y cinco años de edad, tenía el pelo oscuro y las facciones correctas. Era alto y fuerte. Lucía un traje color bronce, de una sola pieza, ajustado, lo que hacía que sus desarrollados músculos quedasen perfectamente dibujados. En el pecho, llevaba el emblema de la Confederación Terrestre; en los hombros, sus galones de comandante. De su cinto, ancho y plateado, pendía una pistola de rayos cósmicos.

Era un arma temible, pues tenía un gran alcance y un terrible poder destructivo. Igual perforaba un grueso muro de hormigón que fundía una plancha de acero de gran espesor, cuando se hallaba regulada al máximo de su potencia.

Regulándola al mínimo, en cambio, dejaba solamente inconsciente a la persona que recibía el rayo en su cuerpo.

El comandante Zindler, mientras se hallaba a bordo, llevaba siempre su arma regulada al mínimo de su potencia. Sólo cuando salía de la «ALPHA-3000», para explorar un planeta desconocido, regulaba su pistola a una mayor potencia, pues era frecuente tropezarse con enormes y peligrosas bestias, con las que uno no se podía andar con miramientos porque podía costarle la vida.

En Rexo, por ejemplo.

Era el último planeta que habían explorado.

Un mundo relativamente pequeño, deshabitado, pero terriblemente peligroso por la cantidad de gigantescas bestias que

vivían en él.

No era raro que estuviese deshabitado, pues de existir seres humanos en él, las colosales bestias se los zamparían a todos en sólo unos pocos días.

Y habían estado a punto de zamparse a más de un miembro de la tripulación de la «ALPHA-3000». Afortunadamente, el comandante Zindler y los suyos supieron hacer frente con sus armas a los monstruosos bichos y no sufrieron ninguna baja.

Pero todos se acordarían de Rexo, desde luego, aunque pasara el tiempo. De momento, sólo habían pasado dos días y los miembros de la tripulación seguían comentando lo canutas que las habían pasado en el pequeño pero peligroso Rexo.

En el puente de mando también se hablaba de ello. Había cuatro miembros de la tripulación prestando servicio en él, pero allí se encontraba también, además del comandante Zindler, Peter Oswald, el segundo de a bordo.

Oswald tenía veintiocho años, el pelo rojizo, y las facciones simpáticas. Era casi tan alto como Zindler, aunque menos fornido; poseía también, sin embargo, una gran fortaleza. Su traje era de color azul brillante y lucía en el pecho, asimismo, la insignia de la Confederación Terrestre, al igual que el resto de los miembros de la tripulación. Al cinto, llevaba una pistola de rayos láser.

¿Os acordáis del saurio gigante que se quería comer a Inga...? —decía en aquel momento Oswald.

¡No me lo recuerdes, Peter! —se estremeció Inga Seweryn, sentada frente a la pantalla de comunicaciones.

Tenía veinticuatro años, el pelo rubio y los ojos claros. Era bonita y estaba muy bien de formas. Unas formas que el ceñido traje se encargaba de realzar.

—Bueno, hay que reconocer que el saurio tenía buen gusto —bromeó Miklos Toth, quien tenía a su cargo la cámara telescópica.

—¡Y tanto! —exclamó Zenon Janda, el otro varón que prestaba servicio en el puente.

Rieron todos, incluido el comandante Zindler.

—Se agradece el piropo, muchachos —dijo Igna.

A mí se me quiso zampar una serpiente monstruosa, y nadie me piropea —recordó Diliana Ross, la otra chica que estaba de servicio en el puente de mando.

Era morena, guapa, y poseía un cuerpo magnífico. Tenía veinticinco años, uno más que Igna Seweryn.

—¿Te refieres a aquella lagartija que...? —empezó a decir Zenon, con gesto guasón.

—¿Lagartija...? —repitió Diliana, interrumpiéndole—. ¡Si tenía la cabeza tan grande como la de un buey, y medía por lo menos veinte metros!

—¿Has dicho veinte centímetros...? —preguntó Miklos, para acabar de pinchar a la morena.

—¡He dicho cuernos!

—Las serpientes no tienen cuernos, Diliana... —repuso Zenon.

—Iros los dos a la porra!

Volvieron a reír todos.

Jürgen Zindler posó su mano en el hombro de la morena.

—No te enfades, Diliana. Zenon y Miklos son un par de guasones y quieren picarte. La serpiente era tan monstruosa como tú has dicho. Y puede que sobrepasara los veinte metros de longitud.

—¡Gracias, comandante! —exclamó ella, sonriente. Después, les sacó la lengua a Zenon y Miklos, en fea pero graciosa mueca, y dijo —: ¿Lo habéis oído, botarates...? ¡Más de veinte metros, lo ha dicho el comandante!

Hubo nuevas risas, más que nada por la cómica mueca que había exhibido Diliana.

Poco después, Jürgen Zindler abandonaba el puente, dejando a Peter Oswald con Miklos, Zenon, Igna y Diliana. Se dirigía a su despacho, para trabajar un poco en el informe que a su regreso a la Tierra debía presentar sobre Rexo, al igual que de los otros planetas hal ados y explorados en aquel viaje, pero cambió de idea al tropezarse por el camino con el doctor Lehmann.

—Hola, doctor —lo saludó, parándose.

¿Qué tal, comandante? —sonrió Walter Lehmann, parándose también en el corredor.

Tenía cuarenta y cinco años, era de estatura media, más bien delgado, y llevaba barba.

Sobre su traje, lucía su blanca bata de médico.

—¿Cómo es que ha abandonado la enfermería...? —preguntó Jürgen.

No hay un solo enfermo en ella, y usted lo sabe. Además, Astrid

está allí, por si acude alguien. También es médico, aunque por el momento trabaje sólo como enfermera.

—Lo s é.

—Cuando yo me canse de realizar estos viajes tan largos, y ya empiezo a cansarme, porque los años se notan y yo voy camino de los cincuenta, le cederé el puesto a la doctora Richter y ella será el nuevo médico de la «ALPHA-3000».

—Con lo guapa que es, le lloverán los falsos enfermos —vaticinó Zindler.

—¡Según! — exclamó Lehmann.

Cambiaron unas palabras más y luego se separaron.

Zindler, en vez de dirigirse a su despacho, se encaminó hacia la enfermería. Tenía que aprovechar la circunstancia de que Astrid Richter se encontrase sola en el.

Alcanzó la enfermería y pulsó el reducido disco color naranja que sobresalía ligeramente en la pared. Al instante, la puerta se abrió y Zindler penetró en la enfermería. Astrid Richter se hallaba de espaldas, arreglando el instrumental médico que se guardaba en aquel armario de cristal irrompible, pero se volvió al oír pasos.

Era una mujer alta y hermosa, espléndidamente formada. Tenía veintisiete años, el cabello dorado como el oro, los ojos azules, y una boca que parecía haber sido diseñada expresamente para el beso.

Llevaba también una bata blanca, como el doctor Lehmann, pero ella no se la había puesto sobre su traje. Se sentía incómoda así, por lo que solía despojarse del traje antes de colocarse la bata. Y, bajo ésta, sólo llevaba un diminuto slip.

Al ver a Jürgen Zindler, la doctora Richter sonrió suavemente.

Comandante…

—Hola, Astrid.

—¿Qué le trae por aquí?

—Un molesto dolor de cuello.

—¿De veras?

—Sí, siento molestias en la nuca desde que me levanté de mi litera.

—Vaya.

—Quizá dormí en una postura inadecuada — dijo Jürgen, que se había llevado la mano a la nuca.

—Seguramente. El doctor Lehmann no está, pero…

—Lo sé. Me tropecé con él cuando venía hacia aquí.

¿Y le dijo usted que le dolía el cuello...?

—No.

—¿Por qué?

—Prefiero que me atiendas tú, Astrid.

—El doctor Lehmann tiene más experiencia...

—Pero es más feo.

La doctora Richter rió,

—Déjese de bromas, comandante.

—¿Acaso no es verdad...?

—Está bien, si quiere que me ocupe yo de su cuello, lo haré con mucho gusto.

—Gracias.

—Venga conmigo, comandante.

Astrid Richter entró en el cuarto contiguo, destinado a la exploración médica de los pacientes. Había una serie de aparatos clínicos y una mesa alargada, en la que se tumbaban los enfermos.

Jürgen Zindler siguió a la bella doctora, quien indicó:

—Siéntese en la mesa de exploraciones, comandante.

Jürgen obedeció.

—Abrase el traje y saque los brazos, comandante —siguió indicando Astrid--. Le atenderé mejor con la espalda desnuda.

—Bien.

Jürgen se abrió el traje, sacó los brazos de las mangas, y quedó con el torso desnudo. Un torso amplio, velludo, poderoso, que llamaba la atención, como los robustos hombros y los desarrollados bíceps, duros como el acero.

Astrid se colocó detrás de él y le exploró el cuello con los dedos, finos y suaves.

—¿Dónde le duele exactamente, comandante...?

—Es difícil de decir con exactitud.

—Lo mejor será que le dé unos masajes.

—Sí, creo que con eso seré suficiente.

Astrid empezó a masajearle el cuello con suavidad, pero profundizando con los dedos, para relajar los músculos.

—¿Le hago daño, comandante?

—No, en absoluto. Tienes unas manos que son puro terciopelo.

—Muchas gracias.

Jürgen carraspeó ligeramente.

—¿No estaría más cómodo echado en la ,mesa, Astrid?

—Sí, claro. Échese, comandante.

Jürgen se tumbó, pero no boca abajo, sino boca arriba.

—Puedes continuar, Astrid.

—Comandante, me temo que así no podré masajearle el cuello…

—Pero podré masajearte yo el tuyo —respondió Jürgen alzando las manos y tomando suavemente el cuello femenino.

—¿Qué hace, comandante…?

—Aún no lo he hecho, pero lo voy a hacer en seguida —repuso Jürgen, y la obligó a inclinarse sobre él, hasta tener la boca femenina al alcance de la suya. Entonces, la besó.

Larga y expertamente.

La doctora Richter no hizo nada por impedirlo, colaborando incluso en el beso, porque era imposible permanecer impasible ante una unión bucal tan sabia y excitante.

Cuando Jürgen separó su boca de la de ella, Astrid dijo:

—Es usted bastante zorro, ¿eh, comandante?

—¿Por qué lo dices?

No le duele el cuello. Vino con ese cuento para soltarme un beso en cuanto yo me descuidara un poco. Jürgen sonrió y le acarició el cabello.

—Me gustas, Astrid. Y estaba deseando besarte.

—Casi desde el primer día.

¿Y por qué ha esperado tanto…? —repuso ella.

—He sido un estúpido, ahora me doy cuenta —dijo Jürgen, y la besó de nuevo, al tiempo que la abrazaba con calor.

CAPITULO II

En el puente de mando de la «ALPHA-3000», Peter Oswald y los cuatro miembros de la tripulación que prestaban servicio en él seguían conversando tranquilamente.

A Diliana Ross se le había pasado el enfado, mucho más aparente que real, pues ella conocía bien a Zenon Janda y Miklos Toth y sabía que siempre tenían ganas de broma.

Y la morena volvía a reír, lo mismo que Igna Seweryn, porque Miklos y Zenon continuaban haciendo, como Peter Oswald, jocosos comentarios sobre lo sucedido en el planeta Rexo.

De pronto, Zenon sufrió una especie de sacudida y su rostro se transfiguro. Ya no había alegría en su cara, sino seriedad, preocupación, y hasta un poco de angustia.

Sus compañeros se dieron cuenta y se alarmaron.

—¿Te ocurre algo, Zenon...? —preguntó Oswald.

Janda se llevó las manos a las sienes, sin responder, y pareció oprimirse la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos, casi espantados, y le brillaban de un modo anormal, poco menos que febril. Le aleteaba la nariz y le temblaban los labios. Incluso le castañeteaban los dientes, como si sintiese frío.

Sus compañeros se alarmaron aún más.

—¡Responde, Zenon! —pidió Igna.

—¿Qué diablos te pasa...? —preguntó Miklos.

—¡Está enfermo! —exclamó Diliana.

—Hay que llevarlo a la enfermería, para que lo examine el doctor Lehmann —decidió Oswald--. Ayúdame, Miklos.

Toth se puso en pie al instante.

Oswald se había acercado ya a Janda, pero cuando intentó cogerlo de un brazo, para levantarlo del sillón, recibió un fuerte empujón y cayó al suelo.

Zenon Janda soltó un rugido de animal y saltó de su sillón, con

cara de loco, lo que hizo que Igna y Diliana se asustaran de verdad, pues parecía que Zenon iba a seguir mostrándose agresivo con sus propios compañeros.

Peter Oswald, temiendo lo mismo, gritó:

—¡Sujétalo, Miklos!

Este saltó sobre Zenon y le rodeó el pecho con sus brazos, sujetando los de él.

—¡Tranquilízate, muchacho…! ¡Estás enfermo, pero el doctor Lehmann te curará!

Zenon rugió de nuevo como una bestia y luchó por librarse de Miklos, pero como éste era más corpulento que él, no pudo soltarse. No se resignó, sin embargo, y le propinó un duro cabezazo en la frente a su compañero.

Miklos dio un grito y se desplomó, aturdido.

—¡Ha perdido la razón! —exclamó Igna.

—¡No sabe lo que se hace! —gritó Diliana.

Oswald, que ya se había incorporado, se lanzó sin dudar sobre Janda, antes de que éste atacara a las chicas.

—¡Basta, Zenon…! ¡Contrólate o no tendré más remedio que hacerte daño!

Janda emitió otro rugido de fiera salvaje y luchó también por librarse del segundo de a bordo, que lo había sujetado por la espalda, fuertemente.

No consiguió zafarse de la presa de Oswald y, como esta vez no podía utilizar la cabeza, recurrió a su codo derecho. Lo disparó con fuerza hacia atrás y se lo clavó al pelirrojo en el hígado.

Oswald rugió de dolor y le soltó.

Janda se revolvió y le atizó un puñetazo en el rostro, derribándolo.

Después, se encaró con Igna y Diliana.

Sus febriles ojos brillaban ahora mucho más, eran talmente dos brasas ardientes. Tenía el rostro congestionado, casi amoratado, y había aparecido espuma en su boca, horriblemente deformada por la ira que le dominaba.

Por la ira… o por lo que fuera.

Igna y Diliana pensaban que se trataba de un ataque de locura, porque así, como un loco, se estaba comportando Zenon.

Este lanzó otro de aquellos estremecedores rugidos de animal

rabioso y ataoó a las chicas.

Igna y Diliana saltaron de sus respectivos sillones e intentaron ponerse fuera del alcance del enloquecido Zenon, pero únicamente la morena lo consiguió.

Igna resultó atrapada por Zenon, quien, después de abofetearla furiosamente y dejarla medio atontada, la mordió en el cuello como si fuera un perro.

Diliana, al ver que Zenon hincaba sus dientes en el cuello de Igna, se llenó de horror y saltó valientemente sobre la espalda de Zenon, obligándole a retirar su boca del cuello de su compañera, que ya sangraba.

—¡No la muerdas, Zenon! —gritó la morena, tirándole del pelo.

Janda no tuvo más remedio que soltar a la rubia Igna, para poder arrancarse de su espalda a Diliana. Igna cayó al suelo y quedó tendida en él, sin fuerzas para levantarse.

Quien sí se levantó, fue Peter Oswald, recuperado ya del doloroso codazo al hígado y del furioso puñetazo que recibiera en el rostro.

Y también Miklos Toth se estaba recuperando del terrible cabezazo que Zenon Janda le asestara en la frente, así que se incorporó segundos después que el pelirrojo.

Oswald fue el primero en atacar a Janda, gritando: —¡Suéltalo, Diliana!

La morena saltó de la espalda de Zenon sin haber sufrido daño alguno, pues éste no había podido atraparla, aunque lo había intentado rabiosamente.

Oswald estrelló su puño derecho en el mentón de Janda y lo hizo recular, aunque no logró derribarlo. Janda bramó de cólera y lo embistió como un toro, cayendo los dos al suelo.

Janda quedó sobre el segundo de a bordo y, después de atizarle un puñetazo, intentó morderle en el cuello, como antes hiciera con la rubia Igna.

Por fortuna, Miklos entró en acción y arrancó literalmente a Zenon de encima de Oswald.

Zenon, que no había tenido tiempo de hincar sus dientes en el cuello del pelirrojo, quiso golpear a Miklos, pero éste le soltó un trallazo y lo mandó al suelo.

No podían andarse ya con miramientos con Zenon.

Había causado demasiado daño por culpa de su enfermedad, de

su ataque de rabia, de su arrebato de locura, o de lo que fuera, y aún causaría más si no lo reducían pronto.

Zenon trató de levantarse, pero Miklos, que ya estaban junto a él, le atizó un par de puñetazos más y lo dejó inconsciente.

—¡Uf, menos mal! —resopló Oswald, irguiéndose—. Creí que no íbamos a poder con él.

Diliana estaba atendiendo ya a Igna.

Oswald y Toth se acercaron, para interesarse por ella.

—¿Cómo está...? —preguntó el primero.

—Zenon la golpeó y la mordió en el cuello —explicó Diliana, mostrándoles la herida—. Si no llego a saltar sobre su espalda, se lo destroza a bocados.

—A mí también intentó morderme —dijo Oswald. —Zenon se ha vuelto loco de remate —masculló Miklos.

—Llevémoslo a la enfermería, antes de que despierte. Y también a Igna, para que el doctor Lehmann le cure el mordisco.

—Ocúpate tú de ella, Peter. Yo me encargo de Zenon.

—Bien.

Miklos levantó a Zenon y se lo echó sobre el hombro izquierdo, mientras el segundo de a bordo se hacía cargo de Igna, abandonando seguidamente el puente, en donde quedó, momentáneamente sola. Diliana.

CAPITULO III

Jürgen Zindler ya no estaba tumbado sobre la mesa de exploraciones, sino de pie junto a el a. Había metido los brazos en las mangas y se había cerrado el traje. Era lo único que había cambiado, ya que todo lo demás seguía igual, pues tenía a Astrid Richter entre sus brazos y la estaba besando con ganas en los labios. Y no era el tercer beso que se daban.

Llevaban ya por lo menos seis.

Y es que Jürgen no se cansaba de besar la preciosa boca de la doctora, ni ella de ser besada por él y estrechada con fuerza por sus musculosos brazos.

Se tomaron un nuevo respiro y Jürgen dijo:

—Tengo que marcharme, Astrid.

—¿Por qué?

—El doctor Lehmann volverá de un momento a otro.

—¿Y qué?

—No quiero que me pille besando y abrazando a su joven y bella enfermera.

—Le oiremos entrar. Y con decirle que le duele el cuello...

Jürgen sonrió.

—Sospechará que soy un falso paciente.

—¿Por qué? Yo no lo sospeché, comandante.

Verás, es que cuando me tropecé con él en el corredor hablamos precisamente de eso, de falsos pacientes. El doctor Lehmann dijo que ya se está cansando de estos viajes tan largos y que pronto te cederá el puesto, de modo que tú serás el nuevo médico de la «ALPHA3000». Y yo le respondí que, con lo guapa que eres, te lloverán los falsos enfermos —explicó Zindler.

La doctora Richter emitió una risita.

—Vaya, me siento muy halagada.

—Y yo me sentiré un tipo muy afortunado si esta noche vienes a mi camarote.

—No faltaré.

Jürgen la besó una vez más.

— Recuperaremos el tiempo perdido, Astrid.

—Ha sido mucho. Casi dos meses... ¿Por qué no se decidió antes, comandante? Yo no le hubiera rechazado. Me gusta usted. Me gustó desde el primer día. Tan alto, tan fuerte, tan varonil...

—De haberlo sabido, no habría esperado tanto tiempo.

—Tampoco yo sabía que usted me deseaba, comandante. Siempre fue muy respetuoso conmigo.

—Lo soy con todas las mujeres de la tripulación.

—¿No ha hecho el amor con ninguna desde que salimos de la Tierra...?

—Sí, con dos.

—¡Ya me extrañaba a mí!

Jürgen tosió.

—Fueron ellas las que me lo propusieron, Astrid.

—¿De veras...?

—Sí, vinieron a mi camarote y...

—¿Las dos a la vez?

—¡Oh, no! —rió Jürgen—. Quiero decir que ambas actuaron de igual modo.

—Qué frescas. Debieron decirse que si Mahoma no iba a la montaña, la montaña iría a Mahoma.

—Bueno, no vayas a creer que están las dos enamoradas de mí, ¿eh?

—¿Por qué fueron entonces en su busca, para hacerle un favor...? —repuso Astrid, con ironía.

—Más o menos.

—¿Y cuántos «favores» le han hecho desde que emprendimos el viaje, comandante...?

Jürgen carraspeó.

—Algunos.

—¡Entonces usted no ha perdido el tiempo!

--Bueno, puede decirse que sí, puesto que yo no siento nada especial por ninguna de ellas.

—Contigo será diferente, Astrid.

—¿Está seguro?

—Desde luego.

Volvieron a besarse.

Después, Astrid dijo:

—Yo sí he perdido el tiempo, comandante. He tenido

proposiciones, no crea, pero no acepté ninguna. Ni siquiera la de Peter Oswald.

—Vaya. También Peter, ¿eh?

—Sí.

—Pues serás tú la única mujer de la tripulación que el bribón de Peter no haya podido conseguir, porque ha hecho el amor con todas las demás.

—Sí, ya sé que es un conquistador nato —sonrió Astrid—. Pero conmigo fracasó, igual que los demás. Y no porque Peter no me caiga bien, porque la verdad es que es un tipo muy simpático y agradable. Le rechacé porque yo me había fijado ya en usted, comandante, y tenía la esperanza de que más pronto o más tarde acabaría usted poniendo los ojos en mí.

—Los puse el primer día.

Sí, pero yo no lo he sabido hasta hoy. Casi dos meses después...

—Tampoco yo sabía que tú habías puesto los tuyos en mí y que no aceptabas la compañía de ningún hombre de la tripulación porque sólo deseabas la mía.

—Así es.

Jürgen le acarició el rostro.

—Sabré recompensarte por haberme sido fiel sin que yo lo supiera, Astrid.

—¿Me lo será usted a mí, comandante?

—¿Cómo?

—Me refiero a las de Mahoma y la montaña. ¿Seguirá aceptando sus «favores» o les dirá que se los hagan a otro...?

Zindler tosió.

—No volveré a hacer el amor con ellas, te lo prometo.

—Soy muy celosa, se lo advierto, y si le pillo con una de esas frescas en brazos, soy capaz de ponerle un ojo a la funerala, por muy comandante que sea.

Zindler rió.

—No tendrás necesidad, ya lo verás. Y de ahora en adelante, cuando estemos solos, no me llames comandante. Quiero que me llames Jürgen y que me tutees. ¿De acuerdo...?

—Sí, Jürgen —sonrió Astrid, y ahora fue su boca la que buscó el nuevo beso.

Todavía estaban así, con las bocas unidas y los cuerpos pegados,

cuando oyeron que la puerta se abría y alguien penetraba en la enfermería.

Jürgen y Astrid se separaron al instante.

—¿Astrid...? —llamó Walter Lehmann, al no ver a su enfermera.

—¡Es el doctor! —exclamó en tono muy quedo Jürgen.

—Tranquilo, yo lo arreglaré —aseguró Astrid, en el mismo tono, y se asomó a la puerta del cuarto dedicado a la exploración clínica de los pacientes—. Estoy aquí, doctor Lehmann.

—¿Es que ha venido alguien...?

—Sí, el comandante Zindler.

El médico respingó.

—¿El comandante, dices...?

—Sentía unas molestias en el cuello y le he tenido que dar unos masajes. Afortunadamente, las molestias han desaparecido y el comandante se iba ya.

Jürgen se dejó ver.

—Hola, doctor.

Walter Lehmann, sorprendido todavía, preguntó:

—¿Por qué no me habló de sus molestias, comandante...?

—Para no hacerle volver a la enfermería —respondió Jürgen—. Como no tenía apenas importancia, y además Astrid estaba aquí, como muy bien me recordó usted...

Lehmann iba a decir algo, pero justo en aquel momento se abrió la puerta y apareció Peter Oswald, trayendo a Igna Seweryn, y Miklos Toth, cargado con el inanimado Zenon Janda.

* * *

Jürgen Zindler, Astrid Richter y el doctor Lehmann se quedaron perplejos.

Me alegro de encontrarle aquí, comandante —dijo Oswald.

—¿Qué ha pasado, Peter...? —preguntó Zindler.

—¡Igna tiene una herida en el cuello! —observó Astrid.

—Se la produjo Zenon.

—¿Zenon...? —exclamó Jürgen.

—Sí, con los dientes.

Walter Lehmann respingó.

—¿Has dicho con los dientes…?

—Sí, doctor. Zenon mordió a Igna, después de golpearla. Y también nos golpeó a Miklos y a mí. Nos costó mucho reducirle. Le aconsejo que lo ate a la mesa de exploraciones, antes de reconocerle, porque si se despierta igual de furioso, lo primero que hará será arrancarle la barba.

Lehmann se estremeció y se llevó una mano a la barba de forma instintiva.

—No gastes esa clase de bromas, Peter! —barbotó.

—Hablo muy en serio, créame.

—Y tan en serio —dijo Miklos—. Si hubiera presenciado usted lo ocurrido en el puente, no lo dudaría, doctor.

Lehmann indicó:

—Atiende tú a Igna, Astrid. Yo me ocuparé de Zenon.

—Bien, doctor.

—Sígueme, Miklos.

—Lehmann entró en el cuarto contiguo, seguido del corpulento Miklos.

—Cuéntame lo que sucedió, Peter —pidió Jürgen.

—En cuanto Zenon esté atado a la mesa de reconocimientos, comandante —respondió Oswald, y entró también en el cuarto, seguido de Zindler.

CAPITULO IV

Astrid Richter estaba limpiando ya la herida que Igna Seweryn tenía en el cuello, causada por los dientes de Zenon Janda. Afortunadamente, los dientes no habían profundizado mucho y la herida, aunque dolorosa, no revestía gravedad.

Igna, que tenía los ojos húmedos, se quejó.

—Con cuidado, Astrid —rogó.

—Te duele, ¿verdad?

—Mucho.

—No me explico cómo Zenon pudo hacerte una cosa así, Igna.

—Se volvió loco, Astrid.

—¿Por qué?

—No lo sé. Estábamos conversando todos tranquilamente, cuando, de repente...

Igna le refirió lo sucedido.

Astrid quedó profundamente impresionada.

—Qué reacción tan terrible... —murmuró.

—Diliana y yo estábamos aterrorizadas, te lo aseguro —confesó Igna.

—Te creo.

—Fue algo escalofriante.

—¿Y dices que Zenon se llevó primeramente las manos a las sienes y se apretó la cabeza...?

—Sí .

—Eso parece indicar que sintió algo en el cerebro. Algo terrible, que le alteró por completo la razón y lo convirtió en una especie de animal salvaje, agresivo, capaz incluso de morder, como de hecho hizo contigo.

—También intentó morder a Peter —informó Igna.

—Lo de Zenon debe ser grave; muy grave.

Astrid acabó de curar a Igna, le cubrió la herida con una gasa, sujeta al cuello con cinta adhesiva, y dijo:

—Ya está, Igna.

—Gracias, Astrid.

—¿Quieres una píldora para el dolor?

—No, no creo que sea necesario. Me duele y a un poco menos.

—Vamos a ver a Zenon.

Pasaron las dos al cuarto contiguo.

Zenon Janda se hallaba acostado en la mesa de exploraciones, prácticamente desnudo, ya que sólo conservaba el slip. Sus brazos, el pecho, y las piernas, se hallaban sujetos por las correas de que disponía la mesa.

Seguía inconsciente y el doctor Lehmann le estaba reconociendo de arriba abajo, utilizando los aparatos que el caso requería.

Jürgen Zindler había sido informado ya con detalle por Peter Oswald y Miklos Toth, y había quedado tan impresionado como la propia Astrid Richter.

—¿Le ayudo, docto? —preguntó Astrid.

—Sí, échame una mano —respondió Lehmann.

Astrid se disponía a hacerlo, cuando, de pronto, Zenon abrió las ojos y lanzó un rugido ensordecedor.

—¡Se ha despertado! —gritó Igna.

—¡Y sigue igual de furioso! —añadió Miklos.

—¡Fíjense en su cara! —exclamó Oswald.

Jürgen, Astrid y el doctor Lehmann lo hicieron y sintieron profundos estremecimientos al ver cómo brillaban los desorbitados ojos de Zenon, cómo palpitaban las aletas de su nariz, cómo temblaban sus labios, y cómo castañeteaban sus dientes, mientras su boca, deformada por una horrible mueca, despedía espuma.

Era, desde luego, la imagen viva de un loco rabioso.

Por si fuera poco, Zenon comenzó a agitarse sobre la mesa de reconocimientos con increíble furia, los músculos tensados al máximo, amenazando con hacer saltar las correas que le sujetaban.

Por fortuna, las correas eran muy resistentes y aguantaron los terribles embates, aunque de continuar éstos, quizá acabara por saltar alguna.

Mientras luchaba con las correas, Zenon soltaba unos rugidos escalofriantes. No hablaba, sólo bramaba, como si ya no fuera un ser humano y sí una fiera enfurecida.

Seguía despidiendo espuma por la boca y tanto su cara como su cuerpo iban enrojeciendo más y más, al tiempo que se cubrían de sudor.

También sus dilatados ojos brillaban cada vez más y se iban tornando rojizos, como inyectados de sangre.

El doctor Lehmann, estremecido, exclamó:

—¡Es necesario dormirle! ¡Así es imposible continuar el reconocimiento!

—¡Estoy de acuerdo, doctor! —respondió Jürgen. —¡Prepara la inyección, Astrid!

—¡Sí, doctor!

Mientras Astrid preparaba la inyección, Jürgen dijo:

—¡Sujetémoslo, Miklos! ¡Temo que haga saltar las correas!

—¡No me extrañaría nada, comandante! —respondió Toth.

Sujetaron entre los dos a Zenon, lo cual pareció acentuar la cólera de éste. Bramó aún con más ganas y, levantando la cabeza, soltó varias dentelladas.

—¡Cuidado con sus dientes! —gritó el doctor Lehmann.

Afortunadamente, Jürgen y Miklos ya lo habían tenido en cuenta y Zenon sólo pudo lanzar dentelladas al aire.

Igna se cubrió el rostro con las manos. —¡Qué horror, Dios mío!

—¡La inyección, Astrid! —apremió Lehmann. —¡Ya está lista, doctor!

—¡Dámela, rápido! Astrid se la entregó.

—¡Procure que no mueva el brazo ahora, comandante! —pidió Walter Lehmann.

Jürgen aferró con fuerza el brazo izquierdo de Zenon y el médico le clavó la aguja hipodérmica, inyectándole seguidamente la droga que iba a mantenerle dormido por espacio de un par de horas, como mínimo.

Los efectos de la droga eran instantáneos y la furia del enfermo empezó a remitir aun antes de que el doctor Lehmann sacara la aguja del brazo.

Pocos segundos después, Zenon se quedaba dormido.

El doctor Lehmann tenía la frente perlada de finas gotas de sudor.

—Jamás había visto nada igual —confesó.

—Ni yo, doctor —dijo Astrid Richter.

—Ya les dije lo que pasó en el puente de mando —recordó Peter Oswald—. Por eso sugerí que lo atasen a la mesa de reconocimientos con correas. Gracias a ellas conserva usted su barba, doctor Lehmann.

—No bromees ahora con mi barba, Peter —gruñó el médico.

Jürgen Zindler se mesó el cabello, hondamente preocupado.

—¿Qué cree usted que le pasa a Zenon, doctor Lehmann?

—Evidentemente, sufre un ataque de rabiosa locura. Lo difícil será determinar las causas de dicho ataque. Un ataque tan repentino como misterioso, puesto que Zenon se encontraba bien, absolutamente normal, y de pronto... Es muy extraño, comandante. Físicamente, encuentro a Zenon muy bien. No parece sufrir ninguna dolencia. Está tan sano como siempre.

—Sugiero que le hagamos un análisis de sangre, doctor —dijo Astrid.

—Sí, se lo haremos. Tal vez ahí encontremos algo.

—Prepararé la extracción.

—Bien.

Jürgen dijo:

—Yo me quedo aquí, por si el doctor Lehmann me necesita. Peter, tú y Miklos podéis regresar al puente. Y tú, Igna, puedes retirarte a tu camarote y descansar.

—Sí, le conviene --estuvo de acuerdo Astrid.

—Lo haré —respondió Igna.

—Te acompañaremos —dijo Oswald—. Si nos necesita, comandante, no dude en llamarnos. Acudiremos en seguida.

—De acuerdo, Peter.

Oswald, Igna y Miklos abandonaron la enfermería.

* * *

El doctor Lehmann estaba analizando ya la sangre extraída a Zenon Janda. Lo que el microscopio electrónico captaba, podía verse en la pantalla de uno de los sofisticados aparatos clínicos instalados en el cuarto de exploraciones médicas.

De pronto, Lehmann fijó su atención en algo que se movía entre las gotas de sangre sometidas a estudio, porque le resultaba totalmente desconocido.

—Observa esto, Astrid.

La doctora Richter lo hizo, quedando tan sorprendida como Walter Lehmann.

—¿Qué diablos es eso, doctor...?

—No tengo la menor idea.

Jürgen Zindler, aunque no entendía ni torta de análisis sanguíneos, observó también la pantalla y murmuró:

—Parece que tiene vida.

—La tiene, efectivamente —asintió Lehmann—. Es un agente vivo, absolutamente desconocido para mí y con toda seguridad infeccioso, que mora en estos momentos en la sangre de Zenon.

—Y como la sangre riega el cerebro, es fácil deducir que ese misterioso virus es el causante del terrible ataque de locura rabiosa que padece Zenon.

—¿Y cómo demonios ha llegado a la sangre de Zenon ese maldito virus...? —preguntó Jürgen.

—Teniendo en cuenta que hace sólo dos días que abandonamos Rexo, yo diría que ese extraño virus invadió el organismo de Zenon en ese pequeño y peligroso planeta —vaticinó el médico.

CAPITULO V

Las palabras del doctor Lehmann dejaron helados a Jürgen Zindler y Astrid Richter, pues, si su teoría era cierta, significaba que podían producirse nuevos ataques de locura rabiosa a bordo de la «ALPHA-3000», ya que la mayoría de los miembros de la tripulación habían tomado parte en la exploración de Rexo.

El extraño virus cósmico, igual que había invadido el organismo de Zenon Janda, podía haber penetrado también en los cuerpos del resto de los tripulantes que participaran en la exploración del pequeño planeta.

Miklos Toth, Diliana Ross, Peter Oswald, Igna Seweryn...

También Astrid Richter había pisado el suelo de Rexo.

Y Jürgen Zindler, claro.

Incluso el doctor Lehmann.

Ellos tres, por tanto, podían asimismo sufrir repentinos ataques de rabiosa locura y volverse tan agresivos y tan peligrosos como el propio Zenon.

Se atacarían mutuamente, con furia, y hasta se morderían unos a otros como fieras. Y lo mismo les sucedería a los demás miembros de la tripulación que llevasen en su sangre el maldito virus.

El terror reinaría en la «ALPHA-3000».

Y también el caos.

La destrucción...

Morirían todos irremisiblemente si los ataques de locura eran generales y la «ALPHA-3000» seguiría surcando el espacio infinito sola, sin nadie que la gobernara, porque a bordo quedarían un montón de cadáveres destrozados a golpes y a dentelladas.

Era como para sentir frío, desde luego. De ahí que Jürgen y Astrid se hubiesen quedado helados tras escuchar al doctor Lehmann y pensar lo que podía suceder en la «ALPHA-3000».

El propio Walter Lehmann, consciente de lo que sus palabras podían significar, retiró la mirada de la pantalla y dijo:

—Extráeme un poco de sangre, Astrid, para analizarla. Y luego analizaré la tuya y la del comandante Zindler. Tenemos que

averiguar si ese virus cósmico penetró también en nuestros organismos.

—¡Sería espantoso! —exclamó el a, horrorizada.

—No perdamos tiempo, Astrid —apremió Jürgen.

La doctora Richter controló su nerviosismo y procedió a extraerle un poco de sangre al doctor Lehmann. Cuando éste la analizó, exhaló un suspiro de alivio, pues pudo comprobar que el extraño virus no había invadido su organismo.

—Por mi sangre no corre ese agente infeccioso y desconocido —dijo.

Lo celebro de veras, doctor —sonrió ligeramente Jürgen.

—Veamos la tuya, Astrid.

—Dios quiera que tampoco —deseó la doctora.

Lehmann le extrajo la cantidad de sangre necesaria y la colocó en el microscopio electrónico.

Jürgen, para infundirle ánimos a Astrid, le cogió la mano con disimulo y se la apretó cálidamente.

Ella le miró un instante y forzó una sonrisa.

Estaba pálida y temblorosa, pero se sintió mucho mejor cuando oyó decir a Lehmann:

—El virus tampoco invadió tu organismo, Astrid.

—¿Está seguro...?

—Míralo tú misma.

Astrid ya estaba observando la pantalla y, efectivaente, en su sangre no se veía el agente infeccioso que haba penetrado en el organismo de Zenon Janda.

—;Es cierto! —exclamó, muy contenta.

—Me alegro mucho, Astrid —dijo Jürgen.

Ella le miró de nuevo y sintió deseos de besarle, pero la presencia del doctor Lehmann la frenó.

—Gracias, comandante.

—Ahora me toca a mí.

—Seguro que su sangre también está limpia —dijo Astrid, para animarle.

—Ojalá.

Astrid le extrajo la sangre y el doctor Lehmann la analizó, comprobando que, efectivamente, no había sido invadida por el virus cósmico.

—Su sangre está tan limpia como la nuestra, comandante —aseguró el médico.

Jürgen Zindler soltó un chorro de aire.

—Me quita usted un gran peso de encima, doctor.

—Yo también lo tenía, pero, después de comprobarque ninguno de nosotros tres tiene ese misterioso virus en la sangre, me siento mucho más optimista, pues cabe la posibilidad de que solamente el organismo de Zenon fuera invadido por ese agente infeccioso capaz de provocar la rabia y la locura.

—Ojalá sea así.

—Lo sabremos cuando hayamos analizado la sangre de todos los miembros de la tripulación, comandante. Y hay que hacerlo cuanto antes, por si acaso.

—Yo me encargo de traérselos, doctor. Es decir, si cree usted que puedo abandonar la enfermería unos minutos.

—Naturalmente que puede.

—¿No se despertará Zenon...?

—No, aún tardará.

—De todos modos, volveré en seguida —aseguró Jürgen, y salió de la enfermería al trote.

* * *

Avisados por el comandante Zindler, los miembros de la tripulación de la «ALPHA-3000» fueron personándose por turnos en la enfermería, hasta desfilar todos por al í, incluida Igna Seweryn.

Astrid Richter les extrajo sangre a todos y el doctor Lehmann la analizó, comprobando con satisfacción que ninguno de ellos había sido atacado por el virus cósmico.

El único que lo tenía en su organismo, era Zenon Janda. Y, aunque el doctor Lehmann aún no sabía cómo se podría combatir y destruir ese extraño virus, confiaba en hallar el modo de eliminarlo y devolver a Zenon a la normalidad.

Era sólo cuestión de estudiar bien el virus y encontrar su punto flaco, para atacarle por allí y borrarlo literalmente de la sangre del infortunado Zenon.

Naturalmente, Jürgen Zindler y Astrid Richter se sentían tan

contentos como el propio doctor Lehmann tras el análisis de sangre de la totalidad de la tripulación, pues ya no había que temer que el terror reinase en la «ALPHA-3000».

El único que podía causarlo, era Zenon Janda, pero como continuaba atado a la mesa de reconocimientos,inconsciente todavía, no tenía posibilidad de atacar a nadie.

Habría, eso sí, que mantenerlo allí, vigilado día y noche, para evitar que pudiera vencer la resistencia delas correas con sus furiosos embates y escapara de la enfermería.

Tras hablar de ello con el doctor Lehmann, el comandante Zindler decidió que dos hombres, Anteck y Manfred, montaran guardia en la enfermería.

—Al cabo de unas horas, serían reemplazados por otros dos miembros de la tripulación. Y así sucesivamente, logrando de esta manera una vigilancia permanente sobre Zenon Janda, que no se interrumpiría hasta que el doctor Lehmann asegurase que Zenon habíadejado de ser peligroso, porque el virus cósmico había sido eficazmente combatido y finalmente vencido.

Una vez concretado lo de la vigilancia de Zenon, Walter Lehmann carraspeó y dijo:

—Una cosa más, comandante.

—Le escucho, doctor.

—Sugiero que Igna sea vigilada también.

Jürgen y Astrid cambiaron una mirada, sorprendidos.

—¿Igna...? —repitió él.

—Su sangre estaba tan limpia como la de los otros miembros de la tripulación... —recordó ella.

—Sí, ya lo se. Pero no debemos olvidar que fue mordida en el cuello por Zenon —recordó a su vez Lehmann—. Le causó una herida que, si bien no es grave, sangró y... Bueno, no sé las consecuencias que eso puede traer.

Astrid tuvo un estremecimiento.

—¿Teme usted que se contagie, doctor...?

—Los perros, cuando muerden, transmiten la rabia; especialmente, si están furiosos. Y Zenon lo estaba cuando mordió a Igna. No es un perro, ya lo sé, pero no me gusta que sus dientes tomaran contacto con la sangre de Igna. Quizá no ocurra nada, pero...

Jürgen, nuevamente preocupado, preguntó:

—¿Estudió bien la sangre de Igna, doctor?

—Con la máxima atención, comandante. Y lo hice así porque ya me preocupaba el hecho de que Igna hubiese sido mordida por Zenon, aunque no he dicho nada hasta ahora. La sangre de Igna, en aquel momento, estaba limpia, pero puede ser debido a que hace poco que fue mordida por Zenon. Dentro de unas horas, quizá, ya no esté tan limpia...

Depende de lo lento que sea el proceso de contagio.

Zenon fue atacado por ese virus en Rexo, pero él se ha comportado normalmente hasta hoy, dos días después de haber abandonado el planeta —recordó Lehmann.

Jürgen se pasó la mano por el cabello.

—Igna se asustará —dijo Astrid.

—Le encargaré la misión a Miklos. Se lleva muy bien con Igna y sabrá vigilarla con disimulo. El a no sospechará que lo tiene a su lado porque tememos que Zenon la contagiara con su mordisco.

—Eso está muy bien, comandante —aprobó Astrid.

Lehmann dijo:

—Por la mañana, analizaré de nuevo la sangre de Igna. Y si continúa limpia, creo que podremos descartar la posibilidad de contagio.

—Ojalá sea así, doctor —deseó Jürgen, y fue en busca de Miklos, para encargarle la misión.

CAPITULO VI

Miklos Toth, debidamente informado ya por el comandante Zindler, acudió al camarote de Igna Seweryn. Pulsó el disco de llamada, porque prefería que fuera Igna quien abriera la puerta con su mando de control remoto.

De haber querido abrir él, hubiera pulsado el otro disco, el que ponía en movimiento la puerta. Otras veces lo había hecho, pero en esta ocasión no le pareció correcto, debido a las especiales circunstancias por las que atravesaba Igna.

La puerta se abrió a los pocos segundos y Miklos penetró en el camarote, encontrando a Igna echada en su litera, todavía con su mando de control remoto en la mano. Estaba vestida, aunque tenía el traje abierto hasta casi la cintura, para descansar más cómodamente.

Sus turgentes senos asomaban, incitantes, pero Miklos, en esta ocasión, no prestó apenas atención al hermoso busto de la rubia. Posó la mirada en su rostro y sonrió levemente.

—Soy yo, Igna.

—Hola, Miklos —respondió ella, devolviéndole la sonrisa.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—¿Te sigue doliendo la herida del cuello? —Cada vez menos.

—Me alegro mucho.

—Gracias.

—¿Necesitas algún cuidado especial, Igna? —No, ya te he dicho que estoy bien.

—Por favor, di que necesitas que alguien cuide de ti esta noche.

—¿Por qué?

—Así tendré una excusa para quedarme. Igna sonrió.

—¿Deseas quedarte en mi camarote...?

—Sí.

—¿Toda la noche...?

—Sí.

Igna se apresuró a dejar el mando de control remoto sobre la

mesilla de noche y, con gesto pícaro, dijo:

—Estoy muy malita, Miklos. Quédate y cuida de mí, por favor.

¡Bravo! —exclamó él, riendo.

Igna rió también.

—Acércate, Miklos.

Este obedeció y se sentó en la litera, tomando la mano de Igna entre las suyas.

—Gracias por permitir que me quede, preciosa Igna entreabrió sensualmente los labios.

—¿Es eso todo lo que piensas hacer, tomarme la mano...?

Miklos vaciló.

Sabía que Igna esperaba sus besos y también sus caricias, y hasta quizá pensaba que iba a hacerle el amor, pero, en aquellas circunstancias, no se atrevía.

Si Igna estaba contagiada, quizá bastara con un simple beso en la boca para transmitirle el temible virus. Y Miklos, claro, temía el posible contagio.

Sin embargo, tenía que actuar con mucha sutileza para que Igna no sospechara la verdad. Era lo que el comandante Zindler le había pedido y no quería defraudarle.

No me provoques, Igna.

—¿Por qué?

—Soy un volcán, tú lo sabes. Y cuando entro en erupción, no hay quien me pare.

—A mí tampoco.

—Cuando estás en condiciones.

—¿Qué quieres decir...?

—Que esta noche necesitas reposo y tranquilidad, no movimiento y excitación.

Igna se echó a reír.

—Te repito que estoy bien, Miklos.

—Zenon te golpeó duramente. Y te mordió en el cuello.

La rubia se estremeció.

—No me lo recuerdes, por favor.

—Perdona —dijo Miklos, y se inclinó sobre ella, para besarla, pero lo hizo en la mejilla.

Igna, lógicamente, se llevó una desilusión, pues ya tenía los labios preparados para recibir y devolver el beso.

—¿Sabes que me recuerdas a mi padre , Miklos ? —dijo.

—¿Por qué?

—El también me besa en la mejilla. Y mi abuelo, en la frente.

Miklos carraspeó.

—Evito tu boca para no encenderme, Igna.

—Pues yo quiero que te enciendas.

—No te conviene, acabo de explicártelo.

—¡Eso son tonterías!

—No lo son, Igna. Esta noche debes descansar. Y mañana, como ya estarás bien, haremos el amor hasta quedar extenuados.

—¡Una porra!

—¿Cómo?

—¡Yo quiero hacer el amor esta noche! —hizo saber Igna, echándole los brazos al cuello.

Miklos no pudo evitar que la boca femenina entrara en contacto con la suya y eso le produjo un estremecimiento, que no fue precisamente de placer.

El beso había sido inevitable.

¿Lo sería, también, el contagio...?

Era lo que Miklos se estaba preguntando, mientras Igna devoraba literalmente su boca, dominada por la pasión y el deseo. La de él, en cambio, permanecía quieta y fría.Igna se dio cuenta de que su ardoroso beso no obtenía respuesta y lo interrumpió bruscamente, con cara de enfado.

—¿Es que ya no te gustan las mujeres, Miklos...?

—Eso no lo digas ni en broma.

—¿Entonces...?

Miklos comprendió que no tenía salida.

Si se negaba a hacer el amor con Igna, ella, con lo enfadada que estaba, lo echaría con toda seguridad del camarote y ya no podría vigilarla, como le había ordenado el comandante Zindler.

Estaba, por tanto, obligado a satisfacer los deseos de Igna.

Y lo iba a hacer.

Después de todo, si el organismo de Igna había sido invadido ya por el virus cósmico, ella le habría contagiado con su largo y profundo beso.

Suponiendo que ese maldito virus pudiera contagiarse así, claro, con un beso o con la unión sexual. Y cabía la posibilidad de que no...

Miklos confió en que así fuera y besó en los labios a Igna, con vehemencia, sin pensar ya en posibles contagios.

A ella, naturalmente, se le pasó el enfado en seguida. Y aún se alegró más cuando las anchas y fuertes manos de Miklos se introdujeron por la abertura de su traje y alcanzaron sus senos, oprimiéndolos con calor.

Escasos minutos después, se hallaban los dos desnudos.

Miklos poseyó vigorosamente a Igna, olvidándose por completo del virus cósmico, y gozó de verdad, haciendo gozar también a la rubia, que ya no se acordaba tampoco del mordisco que tenía en el cuello.

Cuando ya se habían relajado los dos, Igna sonrió y dijo:

—Eres maravilloso, Miklos.

Tú sí que eres maravillosa.

—Dormiremos un par de horas, y después...

Despiértame cuando quieras —respondió Miklos, y la besó en los labios.

Luego, se quedaron los dos dormidos, el uno en brazos del otro. Entre otras cosas, porque la litera quedaba un poco estrecha para dos personas y era necesario apretujarse.

Había pasado sólo una hora, cuando Igna Seweryn sufrió una especie de sacudida eléctrica. Naturalmente, eso interrumpió su plácido sueño, aunque no así el de Miklos Toth.

Igna abrió los ojos con brusquedad y se llevó las manos a las sienes, igual que hiciera Zenon Janda en el puente de mando, antes de sufrir su ataque de locura rabiosa.

Se oprimió la cabeza, como él, y su rostro denotó angustia, preocupación, temor... Sus ojos, cada vez más abiertos, empezaron a brillar de una manera anormal, febril, y las aletas de su nariz comenzaron a latir, sus labios a temblar, y sus dientes a castañetear.

Igna sentía frío.

Un frío intenso, terrible, que parecía nacer en lo más profundo de su cuerpo. Un cuerpo que, sin embargo, se mantenía tibio, a su temperatura normal.

Se trataba, por tanto, de un frío psíquico, no físico.

Igna seguía apretándose la cabeza con desesperación, mientras aumentaba el brillo de sus ojos, el ritmo del aleteo de su nariz, el temblor de sus labios, el castañeteo de sus dientes...

¡Y Miklos sin enterarse de nada!

Seguía profundamente dormido.

Igna hubiera querido llamarle, pero no podía hablar. Su garganta parecía atrofiada. Y tampoco podía retirar las manos de sus sienes, parecían pegadas a ellas con cola de la mejor calidad.

De pronto, Igna dejó de saber quién era Miklos. Ni siquiera sabía quién era ella misma.

La memoria de su cerebro había quedado totalmente borrada.

Igna sólo sabía una cosa: que sentía deseos de atacar al hombre que dormía pegado a ella. De morder su musculoso cuello.

Y lo hizo.

Su boca, que ya despedía espuma, se abrió y se proyectó sobre el cuello masculino, en dónde sus dientes se clavaron hasta las encías, haciendo brotar un chorro de sangre.

CAPITULO VII

Miklos Toth se despertó al recibir el terrible mordisco y lanzó un grito desgarrador. Empujó violentamente a Igna Seweryn y la tiró de la litera, pero ya era tarde.

Los dientes de Igna habían profundizado tanto en su cuel o que la sangre salía a borbotones de la herida, resbalando por su pecho y por su espalda, y de nada sirvió que Miklos se la apretara con la mano.

La hemorragia era incontenible, porque la arteria carótida había sido brutalmente cercenada por los afilados dientes de Igna y despedía sangre a chorros.

El dolor, verdaderamente espantoso, obligaba a Miklos a gritar una y otra vez. Desgraciadamente para él, no se le podía oír desde el corredor ni desde los camarotes contiguos, porque ningún ruido producido en un camarote, por fuerte que fuera, podía atravesar sus metálicas paredes.

Lo peor, sin embargo, no era el insufrible dolor. Ni siquiera la gran cantidad de sangre que escapaba de la herida.

Lo peor era que se le estaba escapando también la vida por ella. Y muy de prisa.

Miklos, consciente de el o, intentó saltar de la litera y salir del camarote, sin preocuparle en absoluto el hecho de hallarse completamente desnudo.

Eso, en unas circunstancias como aquéllas, no tenía ninguna importancia. Lo verdaderamente importante era salvar la vida, si todavía era posible.

Por desgracia, la abundante pérdida de sangre había debilitado mucho al corpulento Miklos y éste apenas tenía fuerzas para deslizarse de la litera, por lo que difícilmente podría alcanzar la puerta y salir al corredor.

Tendría, además, que salvar la oposición de Igna, quien lógicamente no estaba dispuesta a permitir que Miklos abandonara el camarote y pidiera ayuda.

La rubia se había puesto en pie, tras ser arrojada de la litera por Miklos, y atacó de nuevo a éste, dando un rugido de animal salvaje.

Tenía la boca manchada de sangre y la espuma que despedía por ella se mezclaba con el rojo elemento, tomándose del mismo color.

Miklos trató de frenar el rabioso ataque de Igna, cuando ya se estaba deslizando de la litera, pero las fuerzas le fallaron y no pudo evitar que las uñas de la rubia rasgaran dolorosamente su cara, sus hombros y su pecho.

Eran como garras.

Unas garras duras y afiladas que abrían surcos en la carne, haciendo brotar la sangre.

Uno de los zarpazos le alcanzó el ojo derecho y poco faltó para que el globo ocular saltara de la cuenca, literalmente arrancado por las uñas de Igna.

Miklos, desde luego, perdió la visión de ese ojo, porque se le llenó de sangre. Había caído al suelo, sin fuerzas ya ni siquiera para mover los brazos, porque la muerte estaba a punto de llegarle.

A pesar de ello, la enloquecida Igna siguió ensañándose con él. No sólo le atacaba con las uñas, sino también con los dientes, soltándole atroces dentelladas en los hombros, en el pecho, en los costados, en los muslos...

El infortunado Miklos acabó totalmente ensangrentado, desgarrado, destrozado... Los últimos zarpazos y las últimas dentelladas no los sintió, porque estaba ya muerto.

La furia de la trastornada Igna pareció aplacarse, por fin, y dejó de ensañarse con el cadáver de Miklos. Se irguió, ensangrentada también por el contacto de su cuerpo desnudo con el de Miklos, y de una forma maquinal se introdujo en la ducha.

Se colocó bajo ella, soltó el agua, y limpió su cuerpo de sangre.

Después, se secó con la toalla, salió de la ducha, y se vistió, con movimientos más propios de un robot que de un ser humano.

Luego, abrió la puerta y abandonó el camarote, dejando allí el cuerpo sin vida de Miklos Toth.

* * *

En la enfermería, el doctor Lehmann seguía estudiando el virus

cósmico que había invadido el organismo de Zenon Janda, para hallar el modo de combatirlo y destruirlo.

Astrid Richter le ayudaba, en presencia de Jürgen Zindler, que se hallaba también en la enfermería.

Zenon Janda había vuelto en sí hacía un rato, comportándose nuevamente como un loco rabioso, que sólo sabía dar rugidos de fiera enfurecida y soltar feroces dentelladas.

El doctor Lehmann no tuvo más remedio que drogado de nuevo y Zenon volvía a estar inconsciente. Anteck y Manfred lo vigilaban, impresionados todavía por la reacción que tuvo Zenon cuando se despertó, y que les obligó a sujetarlo con fuerza para que el doctor Lehmann pudiera inyectarle la droga.

Como era ya tarde, Lehmann dijo:

—Retírate a descansar, Astrid.

—No estoy cansada, doctor —repuso ella.

—Sí, tienes que estarlo, porque yo también lo estoy. Ha sido un día muy duro, hemos trabajado mucho, y es hora de tomarse un respiro.

—¿Usted también se lo va a tomar, doctor…? —

—Naturalmente. No soy de hierro, Astrid.

Jürgen intervino:

—El doctor Lehmann tiene razón. Todos necesitamos descanso.

—De acuerdo, continuaremos mañana —dijo Astrid—. Voy a cambiarme.

Mientras la doctora Richter se despojaba de su bata de enfermera y se colocaba el traje, tras una mampara de cristal translúcido, atornillada al cuello, Jürgen, en tono bajo, dijo:

—Usted va a seguir trabajando, ¿verdad, doctor? Lehmann sonrió suavemente.

—Sí, un poco más.

—Lo suponía.

—No se lo diga a Astrid, ¿eh, comandante? —rogó el médico—. Insistiría en quedarse y quiero que descanse.

—Descuide.

—Tengo que seguir estudiando este maldito virus, para ver si…

—Avíseme si ocurre algo, doctor. Estaré en mi camarote.

—No se preocupe, comandante. Si hay alguna novedad, le llamaré inmediatamente.

No hablaron más, porque Astrid salía ya de detrás de la mampara, luciendo un ajustado traje verde pálido, todo de una pieza, que destacaba sus espléndidas formas.

¿Nos vamos, comandante Zindler?

—Cuando quieras —respondió Jürgen.

—Buenas noches, doctor Lehmann.

Hasta mañana, Astrid.

—Vendré temprano y seguiremos trabajando con ese condenado virus. Tenemos que vencerlo, doctor. —Lo lograremos, estoy seguro.

—Yo también.

—Hasta mañana, doctor —se despidió también Jürgen.

—Buenas noches, comandante.

Jürgen y Astrid abandonaron la enfermería. Caminando ya por el corredor, Jürgen preguntó: —¿Vienes conmigo a mi camarote, Astrid?

—Sí.

—No sabía si, con todo lo que ha pasado, sentirías deseos de...

Ella lo miró a los ojos y sonrió con suavidad. —Quiero estar contigo, Jürgen. Deseo y necesito tu compañía.

—Yo también, Astrid.

Sin pronunciar una sola palabra más, se dirigieron al camarote de Jürgen.

CAPITULO VIII

Un rato después de que el comandante Zindler y Astrid Richter dejaran la enfermería, la puerta se abría y alguien entraba en ella. El doctor Lehmann, que no se hallaba en el cuarto destinado a la exploración médica de los pacientes, sino sentado en un sillón, al otro lado de su mesa, en la que seguía trabajando ya con ojos cansados, levantó la mirada y...

—¡Igna! —exclamó, respingando.

Sí, era Igna Seweryn.

Una Igna Seweryn muy distinta de la que atacara y diera muerte a Miklos Toth, ya que ahora sus ojos no brillaban anormalmente, ni vibraban las aletas de su nariz, ni le temblaban los labios, ni le castañeteaban los dientes.

Era una Igna tranquila, sosegada, aunque tampoco era la Igna de siempre, pues su rostro ofrecía un gesto frío, totalmente inexpresivo, como si perteneciera a una estatua y no a una mujer de carne y hueso, llena de vida.

El doctor Lehmann, repuesto de su sorpresa, se levantó del sillón y rodeó la mesa, saliendo al encuentro de la rubia.

—¿Qué haces aquí, Igna...? —preguntó.

Ella no respondió, limitándose a mirarle fijamente, con absoluta frialdad. Se había detenido y tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo, las piernas juntas, el cuerpo recto.

Parecía un robot.

Walter Lehmann se detuvo junto a ella y dijo: —Deberías estar en tu camarote, descansando. ¿No estaba Miklos contigo...?

—¿Miklos? —repitió Igna, con una voz hueca, extraña, que en nada se parecía a la suya.

Se diría que otra persona hablaba por su boca. El doctor Lehmann se dio cuenta de ello

y no pudo evitar un escalofrío.

¿Te encuentras bien, Igna...?

—¿Igna? —repitió de nuevo ella, con el mismo gesto inexpresivo

y la misma extraña voz.

Lehmann comprendió que no, que Igna Seweryn no estaba bien, que no estaba normal, y lo asoció, lógicamente, con el mordisco que Zenon

Janda le diera en el cuello y el maldito virus cósmico.

Igna estaba contagiada, no cabía la menor duda, y de un momento a otro podría sufrir uno de aquellos terribles ataques de locura rabiosa, en opinión del médico.

Asustado, Lehmann dijo:

Te inyectaré un tranquilizante, Igna. Eso te hará dormir y...

—¿Dormir?

—Sí, es lo que tú necesitas, Igna. Dormir y descansar. Y atención médica, también. Tienes problemas, como Zenon, pero yo sabré solucionarlos. Vamos, descubre tu brazo.

La rubia no se movió.

Está bien, yo lo haré —dijo Lehmann, e intentó descubrir el brazo derecho de Igna.

No pudo hacerlo, porque ella elevó bruscamente el otro y, con la mano abierta, le golpeó en el lado derecho del cuello. Fue un golpe duro, preciso, tremendamente efectivo, ya que el médico se desplomó en el acto sin exhalar el más leve gemido y quedó tendido en el suelo, sin conocimiento.

Igna desvió la mirada hacia la puerta del cuarto contiguo.

Anteck y Manfred ni siquiera se habían asomado. No se habían enterado de nada.

Igna fue hacia allí, caminando como un autómata. Cuando entró en el cuarto, Anteck y Manfred la miraron, un tanto sorprendidos.

—Igna... —pronunció el primero.

—¿Qué haces tú aquí...? --preguntó el segundo. La rubia no respondió.

No los miraba a ellos, sino a Zenon, que seguía atado a la mesa de reconocimientos, bajo los efectos de la droga inyectada por el doctor

Lehmann.

Pero, justo en aquel momento, Zenon abría los ojos y sufría un nuevo ataque de locura rabiosa, lo que obligó a Anteck y Manfred a sujetarle fuertemente.

—¡Llama al doctor Lehmann, Igna! —pidió Anteck. —¡Que entre

en seguida! —dijo Manfred—. ¡Zenon se ha despertado!

Igna no se movió.

Miraba cómo Zenon se agitaba, rugía y soltaba dentelladas al aire.

—¡Doctor Lehmann...! —gritó Anteck, en vista de que Igna no parecía dispuesta a colaborar.

El médico no le oyó, claro.

Seguía tendido en el suelo, sin conocimiento.

De pronto, Igna fue hacia la mesa de exploraciones. Anteck y Manfred pensaron que la rubia quería sujetar también a Zenon.

—¡No te acerques, Igna! —aconsejó el primero.

—¡Puede morderte! —añadió Manfred.

Igna no hizo caso y, cuando estuvo junto a Anteck, le asestó un fuerte golpe en los riñones, con el canto de la mano.

Anteck dio un grito de dolor y cayó de rodillas, al tiempo que soltaba a Zenon.

Manfred no podía creer lo que estaba viendo.

—¿Es que te has vuelto loca, Igna...? ¿Por qué has golpeado a Anteck...?

La rubia, sin responder, rodeó la alargada mesa.

Manfred adivinó que Igna tenía intención de golpearle también a él, así que se vio obligado a soltar a Zenon, para defenderse del ataque de la rubia.

—¡No, Igna! —pidió, cuando ya ella le soltaba un hachazo con su mano derecha.

Manfred pudo detener el golpe con su antebrazo izquierdo, pero, casi al mismo tiempo, la pierna de Igna se disparaba y golpeaba entre los muslos.

El alarido que emitió Manfred, fue tremendo.

Las piernas se le doblaron, faltas de fuerza, y cayó al suelo, agarrándose lo que tanto le dolía.

Anteck, recuperado ya del golpe que recibiera en la región renal, acudió en ayuda de su compañero, mientras Zenon seguía rugiendo como una bestia sobre la mesa de reconocimientos y pugnando por vencer la resistencia de las correas que le mantenían sujeto a la misma.

Igna vio que Anteck se erguía y no dudó en atacarle de nuevo.

Anteck supo parar el primer golpe de la rubia, pero no pudo

evitar que la rodilla derecha de Igna se incrustara en su bajo vientre, causándole un dolor terrible. Anteck bramó y se desplomó.

Mientras Anteck y Manfred rabiaban de dolor, Igna soltó las correas que sujetaban a Zenon.

Parecía haber olvidado que éste la golpeó duramente en el puente de mando y luego la mordió en el cuello, transmitiéndole el virus cósmico.

¿La atacaría de nuevo...?

Igna, desde luego, no le tenía ningún miedo, a pesar de hallarse tan rabioso. Zenon saltó de la mesa de reconocimientos dando un rugido de alegría, por verse libre, y se arrojó inmediatamente sobre Manfred, en cuyo cuello hincó sus dientes.

Fue un mordisco terrible, similar al que Igna le diera a Miklos, y la sangre brotó como un torrente, mientras Manfred chillaba de un modo espantoso.

Igna, por su parte, sujetó a Anteck por la espalda y le clavó también los dientes en el cuello, haciendo brotar la sangre a chorros.

Anteck aulló e intentó soltarse, pero Igna tenía ahora mucha fuerza y él, en cambio, perdía la suya por segundos, a causa de la terrible hemorragia.

Y lo mismo le sucedía a Manfred, con quien Zenon se estaba ensañando cruelmente, golpeándole y mordiéndole una y otra vez.

Los alaridos de dolor de Anteck y Manfred ayudaron al doctor Lehmann a volver en sí. El médico se incorporó, con cierta dificultad, y se llevó la mano al cuello.

Le dolía mucho, como consecuencia del golpe que le propinara Igna, pero eso no le impidió caminar hacia la puerta del cuarto contiguo y asomarse.

Lo que vio le impresionó tanto, que estuvo a punto de desmayarse.

Por suerte para él, Zenon e Igna no le descubrieron y pudo retirarse del hueco de la puerta sin ser visto. Corrió hacia su mesa y se abalanzó materialmente sobre el telecomunicador que descansaba sobre ella, para llamar al comandante Zindler y ponerle al corriente.

¿Se lo permitirían Zenon e Igna...?

* * *

Jürgen Zindler besó en los labios a Astrid Richter, cálidamente, y dijo:
—Si no fuera por ese maldito virus cósmico, me sentiría un hombre completamente feliz.
—Mi felicidad también sería completa si no tuviéramos ese problema en la «ALPHA-3000» —repuso el a, acariciándole la nuca.
Yacían los dos en la litera, desnudos, pegados el uno al otro, por falta de espacio... y porque acababan de hacer el amor.
—Lo superaremos, Astrid —aseguró Zindler, recorriendo con su mano la suave espalda femenina, la redonda cadera, los sedosos muslos, para desde alli ascender por el liso vientre hasta los túrgidos senos, estremecidos todavía de placer.
—Sí, espero que sí. Confío plenamente en el doctor Lehmann. Es un hombre muy inteligente.
—Lo mismo dice él de ti.
—¿Que soy un hombre...? —bromeó Astrid.
Jürgen rió.
—No, mujer, que eres también muy inteligente. —Estoy aprendiendo mucho del doctor Lehmann. Y le echaré de menos cuando me ceda su puesto y se quede en la Tierra.
—Yo también. Pero corno te tendré a ti...
—Me tendrás siempre y cuando me seas fiel, porque igual que yo soy mujer de un solo hombre, me gusta que el hombre sea de una sola mujer, o sea, de mí.
Zindler sonrió.
—Para mí ya no existe más mujer que tú, puedes creerme.
--Ya veremos.
—¿Es que no me crees...?
—Sí, pero me preocupa eso de que algunas de las mujeres de la tripulación acudan a tu camarote, se quiten el traje y digan: «Vengo a hacerle un favor, comandante».
Jürgen tosió.
—Sólo son dos, Astrid. Y ya te dije que no volveré a hacer el amor con ellas.
¿Y qué les dirás, cuando vengan?
—Que me he enamorado de ti y que sólo deseo hacer el amor contigo.
Astrid sonrió con amplitud.

—¿De verdad te has enamorado de mí, Jürgen?

—Sí.

—Me alegro mucho, porque yo estoy loca por ti. —Soy un tipo afortunado, no cabe duda —respondió Zindler, y la besó, ahora con pasión.

Astrid se dio cuenta y, tras el beso, preguntó:

—¿Vamos a hacer el amor otra vez, Jürgen...?

—Quedamos en recuperar el tiempo perdido, ¿no?

—Sí, pero como tú aprovechabas el tuyo bastante bien, gracias a ese par de frescas...

—Cuando de verdad me interesa aprovecharlo, es ahora —aseguró Zindler, y volvió a besarla con ardor.

También sus caricias se volvieron ardorosas, prodigándolas por todo el cuerpo desnudo de Astrid, que se estremecía una y otra vez de placer y de creciente deseo.

Jürgen se disponía ya a satisfacer debidamente ese deseo, que él compartía, cuando sonó el zumbido de llamada del telecomunicador instalado en el camarote, muy cerca de la litera.

Astrid tuvo un mal presentimiento.

—Algo pasa, Jürgen.

—Veamos —dijo él, separándose de ella.

Alcanzó el telecomunicador, pulsó el botón correspondiente, y en la pantalla apareció al instante la imagen descompuesta del doctor Lehmann.

—¡Acuda inmediatamente a la enfermería, comandante! —gritó el médico—. ¡Igna está aquí y ha soltado a Zenon...!

CAPITULO IX

Jürgen Zindler sintió un ramalazo de frío en la espalda.

—¿Que Igna está ahí...? —exclamó.

—¡Si, y me golpeó cuando entró! —respondió el doctor Lehmann.

¿Y Miklos...?

—¡No lo sé!

—¡En seguida estoy ahí, doctor!

—¡Corra, comandante, por favor! ¡Igna y Zenon están destrozando a Anteck y Manfred!

—¡Voy volando —respondió Zindler, y cortó la comunicación, saltando seguidamente de la litera.

Astrid Richter saltó también de ella, exclamando:

—¡Igna debe estar contagiada, Jürgen!

—¡Seguro!

—¡Debió atacar a Miklos!

—¡Eso me temo!

Se estaban vistiendo los dos con mucha rapidez. Jürgen Zindler no olvidó colocarse el cinto, pues intuía que iba a necesitar su pistola de rayos cósmicos.

—¡Vamos, Astrid! —dijo, abriendo la puerta y saliendo del camarote como una flecha.

La doctora Richter le imitó, todavía con el traje abierto. Se lo cerró mientras corría por el pasil o en pos del comandante Zindler, que parecía volar más que correr.

Alcanzaron la enfermería en sólo unos segundos.

Jürgen, que fue el primero en penetrar en ella, vio que el doctor Lehmann iba a ser atacado por Zenon e Igna. Lo habían arrinconado en un ángulo de la enfermería y el médico no tenía escapatoria posible, por lo que su gesto era de infinito terror.

El rostro de Igna seguía frío e inexpresivo, como cuando entrara en la enfermería. No se había alterado con la lucha. El rostro de Zenon, en cambio, continuaba siendo la imagen viva de la rabia, de la locura, y de la agresividad.

Era un animal salvaje cuya fiereza no se había aplacado con el ataque a Manfred y su posterior ensañamiento: Seguía ávido de sangre, y ahora quería la del doctor Lehmann.

Este, al ver entrar a Zindler, sintió un gran alivio y gritó:

—¡Socorro, comandante...!

Jürgen desenfundó velozmente su pistola y apuntó primeramente a Zenon Janda.

—¡Detente, Zenon!

Janda no hizo caso y saltó sobre Lehmann, dispuesto a clavarle los dientes en el cuello. El médico chilló y se protegió con los brazos, aunque no era necesario, porque Zindler había accionado ya el disparador de su arma.

El rayo cósmico alcanzó en la espalda a Zenon, y como la pistola estaba regulada al mínimo de su potencia, sólo lo dejó inconsciente.

De una manera fulminante, eso si. Zenon cayó al suelo y quedó tendido a los pies del doctor Lehmann, absolutamente inmóvil.

Seguía en slip.

Igna, en vez de atacar al médico, se volvió hacia el comandante Zindler. Como parecía tranquila, Jürgen no le disparó, aunque advirtió:

—No te muevas, Igna.

Justo en aquel momento, entraba Astrid Richter en la enfermería, con la respiración muy agitada a causa de la carrera que se había pegado intentando alcanzar, inútilmente, a Jürgen Zindler.

Igna la miró también.

Después, avanzó hacia Zindler.

Lehmann advirtió:

—¡Cuidado con ella, comandante! ¡Es tan peligrosa como Zenon!

Jürgen le apuntó al pecho con su arma.

—Detente, Igna, o me veré obligado a disparar.

La rubia no obedeció.

Tenía la boca manchada de sangre.

Era la sangre de Anteck.

Ello horrorizó a Astrid, quien gimió:

—Oh, cielos, qué espanto...

Jürgen se dijo que no tenía más remedio que disparar contra Igna, pero se lo dijo un segundo tarde. Sí, porque la pierna derecha de la rubia se había proyectado ya velozmente, y de una certera

patada en la mano, lo desarmó espectacularmente.

La pistola de rayos cósmicos voló por los aires y cayó varios metros más al á. Zindler, por seguir de una manera instintiva el vuelo del arma, no vio que la mano de Igna se proyectaba sobre su cuello y recibió un duro golpe, que le obligó a derrumbarse.

—¿Dios mío! —exclamó Astrid, angustiada.

—¡Le dije que tuviera cuidado con ella, comandante! —recordó el doctor Lehmann.

Afortunadamente, Jürgen Zindler no había perdido el conocimiento y, desde el suelo, gritó:

—¡La pistola, Astrid!

Esta no se hizo repetir la orden y corrió hacia donde yacía el arma.

Igna intentó cortarle el paso, pero Jürgen le engatilló las piernas y la hizo caer de bruces.

Jürgen se incorporó, agarrándose el cuello.

Igna se levantó también, con rapidez, y le atacó de nuevo con su mano derecha.

En esta ocasión, Jürgen no se distrajo y reaccionó con celeridad, parando el golpe de la rubia con su brazo izquierdo. Igna, como ya hiciera minutos antes con,: Anteck y Manfred, intentó golpearle en el bajo vientre con su pierna, pero Jürgen se le adelantó con su puño derecho y se lo estrelló en la barbilla.

El puñetazo, seco y contundente, tumbó a la rubia.

Jürgen pensó que sería suficiente, que Igna quedaría tendida en el suelo, sin conocimiento, pero se equivocó. La rubia acusó el golpe bastante menos de lo que cabía esperar y se incorporó de nuevo, dispuesta a continuar la lucha.

Astrid, que había empuñado ya la pistola de rayos cósmicos de Jürgen, preguntó:

—¿disparo, comandante...?

Zindler no tuvo tiempo de responder, porque la transtornada Igna saltó sobre él como un relámpago y bastante hizo con defenderse eficazmente.

Detuvo o burló todos los golpes que le lanzó la rubia y, en cuanto tuvo oportunidad, le asestó un nuevo, puñetazo en el mentón, más duro aún que el anterior.

Le dolía tener que actuar así con una mujer, que además formaba

parte de la tripulación, pero las circunstancias mandaban.

Igna volvió a dar con su esbelto cuerpo en el suelo y, esta vez, pareció acusar más el puñetazo recibido, aunque tampoco llegó a perder el sentido.

Al ver que la rubia intentaba levantarse de nuevo, Zindler, para no tener que golpearla más, ordenó:

—¡Dispárale, Astrid!

La doctora Richter, que estaba apuntando a Igna, accionó el gatillo y el rayo cósmico alcanzó en el pecho a la rubia, que sufrió una violenta contracción y quedó inconsciente.

—¡Qué alivio! —exclamó el doctor Lehmann.

—La pistola, Astrid —pidió Jürgen.

Ella se la lanzó.

Jürgen la cazó al vuelo y fue rápidamente al cuarto contiguo, para saber cómo se encontraban Anteck y Manfred. Cuando entró y los vio, su estómago se encogió de la impresión.

—Oh, Dios, no… —exclamó roncamente.

Astrid y el doctor Lehmann se asomaron también y quedaron igualmente horrorizados, aunque el médico ya suponía que Anteck y Manfred estarían muertos, pues él vio de qué manera tan brutal y salvaje estaban siendo atacados por Zenon e Igna.

CAPITULO X

Manfred tenía la cara y el cuel o materialmente destrozados a golpes y dentelladas. Anteck, en cambio, sólo tenía un mordisco en el cuello, aunque era verdaderamente atroz; prueba de ello es que habla bastado para causarle la muerte.

Los dos tenían el pecho cubierto de sangre, debido a las intensas hemorragias. Y había, también sangre en el suelo.

El espectáculo era realmente sobrecogedor, por lo que Astrid Richter se cubrió el rostro con las manos y exclamó:

—¡Es horrible!

Jürgen Zindler le puso la mano en el hombro y se lo apretó suavemente.

—Tenemos que sobreponemos, Astrid. Ya no podemos hacer nada por ellos.

—Le dije que Zenon e Igna los estaban destrozando, comandante —recordó Walter

Lehmann—. Zenon golpeaba y mordía furiosamente a Manfred, mientras que Igna, más tranquila aparentemente, tenía sujeto a Anteck por detrás y lo mordía también en el cuello. En cuanto acabé de hablar con usted, Zenon e Igna salieron de aquí y vinieron por mí. Creí que iba a morid también, pero, afortunadamente, llegó usted a tiempo, comandante.

Jürgen observó la mesa de reconocimientos.

—Las correas no están rotas —señaló.

—Ya me di cuenta, comandante —respondió Lehmann—. Por eso le dije que Igna había soltado a Zenon. Debió golpear a Anteck y Manfred, como hizo conmigo, y luego soltó las correas. No pude enterarme de ello, porque permanecí algunos minutos inconsciente.

—Cuando me recobré, Anteck y Manfred chillaban como locos. Estaban siendo destrozados ya por Igna y Zenon.

—Es extraño que Igna viniera expresamente a liberar a Zenon, cuando precisamente él la golpeó y la mordió en el puente... —observó Astrid, pálida.

—Zenon la contagió —dijo Lehmann—. Igna tiene ya en su organismo ese maldito virus. Y creo que fue eso lo que la impulsó a venir aquí y soltar a Zenon.

—¿El virus...? —exclamó Jürgen.

—Sí —asintió el médico—. Zenon e Igna son ahora como hermanos. Se defenderán mutuamente y lucharán contra quien sea para evitar que podamos combatir y vencer a ese condenado virus. Si no lo impedimos, sembrarán el terror en la «ALPHA-3000».

Yo creo que lo han sembrado ya, doctor —repuso Astrid—. Han causado dos muertes... y ojalá no sean tres, porque no sabemos lo que Igna hizo para librarse de la vigilancia de Miklos.

—Lo averiguaremos —dijo Jürgen—. Pero antes habrá que atar sólidamente a Zenon e Igna. Y los amordazaremos también, para que no puedan morder a nadie cuando vuelvan en sí.

—Es una buena idea, comandante —aprobó Lehmann.

Salieron los tres del cuarto de exploraciones clínicas.

Zenon e Igna continuaban inconscientes. Y aún tardarían bastantes minutos en despertar.

Lo primero que hizo Zindler, fue llamar al puente de mando, utilizando el telecomunicador de la enfermería. En la pantalla apareció la simpática cara de Peter Oswald.

—Hola, comandante.

—Te necesito, Peter.

—¿Ha ocurrido algo...?

—Anteck y Manfred han muerto. Y no sabemos si Miklos habrá corrido la misma suerte.

—¿Qué...?

Te explicaré lo sucedido cuando vengas. Y trae cuatro hombres contigo.

De acuerdo, comandante.

Jürgen cortó la comunicación y aguardó la llegada del segundo de a bordo.

* * *

Peter Oswald acudió con rapidez, acompañado de cuatro hombres, tal y como le ordenara Jürgen Zindler.

Cuando llegaron, Zenon Janda se hallaba de nuevo sobre la mesa de reconocimientos, atado a ella con las correas y amordazado. Por su parte, Igna Seweryn había sido fuertemente atada a un sillón,

también con una férrea mordaza en la boca.

Peter Oswald y los cuatro miembros de la tripulación que había traído consigo se llenaron de horror cuando vieron los cadáveres de Manfred y Anteck.

Jürgen, con brevedad, puso al corriente al segundo de a bordo, indicando después:

—Quédate aquí con dos de los hombres, Peter, por si Zenon e Igna se recobran y dan guerra, que seguro que la darán. Los otros dos me acompañarán al camarote de Igna, para ver qué le pasó a Miklos.

—De acuerdo, comandante —respondió el pelirrojo.

—Vamos, muchachos.

Zindler abandonó la enfermería, acompañado de dos de los hombres de la tripulación. Fueron directamente al camarote de Igna y entraron en él, encontrando a Miklos en el suelo, ensangrentado, destrozado, muerto...

El espectáculo era tan horrendo, que los dos hombres que acompañaban al comandante Zindler estuvieron a punto de vomitar. Jürgen también sintió náuseas, pero supo dominarlas y echó un vistazo al camarote.

El hecho de que hubiera mucha sangre en la litera, permitió adivinar a Jürgen que Miklos fue atacado en ella por Igna. Y, como Miklos se hallaba completamente desnudo, adivinó también que se había acostado con Igna.

Su traje y su slip no estaban desgarrados ni manchados de sangre, lo cual demostraba que Igna no se los había quitado después de atacarle. Estaba en la litera con ella, desnudo, cuando fue atacado.

Lo que no se explicaba Jürgen, es cómo Miklos se había atrevido a acostarse con Igna sabiendo que ella podía haber sido contagiada por Zenon.

Llegó a la conclusión, finalmente, de que Igna le había tentado con su belleza y sus espléndidas formas y Miklos no supo resistirse, accediendo a hacer el amor con ella a pesar de todo.

Y bien caro lo había pagado...

* * *

En la enfermería, los cuerpos sin vida de Anteck y Manfred

habían sido cubiertos con sendas sábanas, después de apartarlos de la mesa de reconocimientos.

Y así, envuelto en una sábana, trajeron los dos hombres que acompañaban al comandante Zindler el cadáver de Miklos Toth, depositándolo junto a los cadáveres de los otros dos miembros de la tripulación.

—Miklos fue la primera víctima de Igna —dijo Jürgen, con grave expresión—. Se ensañó con él, aún más que Zenon con Manfred. Lo destrozó de arriba abajo.

Astrid Richter sintió que se le erizaba el vello.

—Dios mío… —musitó, con un hilo de voz.

El doctor Lehmann se acercó y levantó la sábana que cubría el ensangrentado cuerpo de Miklos, comprobando que, efectivamente, ofrecía un aspecto aún más estremecedor que el cadáver de Manfred o el de Anteck.

—Qué monstruosidad! —exclamó, horrorizado hasta la médula.

Peter Oswald y los dos hombres que se quedaran con él en la enfermería, vigilando a Zenon e Igna, se horrorizaron tanto como el médico y la propia Astrid, que no pudo reprimir un grito de espanto.

El doctor Lehmann se apresuró a cubrir el cadáver de nuevo.

—Les dije que lo había destrozado de arriba abajo recordó Jürgen, con voz ronca.

—¡Estamos viviendo una horrible pesadilla! —exclamó Astrid, toda temblorosa.

—El virus cósmico tiene la culpa, no Zenon e Igna dijo Jürgen, mirándola—. Ellos no eran dueños de sus actos cuando asesinaron a Miklos, Anteck y Manfred. No debemos reprocharles, pues, sus muertes. Es el maldito virus quien los mató. Si no hubiera invadido el organismo de Zenon, en Rexo, él no hubiera mordido a Igna y nada de esto habría sucedido.

—El comandante tiene razón —opinó Lehmann—. No podemos culpar a Zenon e Igna, porque no saben lo que hacen. Ni siquiera saben quiénes son. Se hallan totalmente dominados por ese condenado virus y son meros instrumentos suyos. Es el virus quien ataca, quien muerde, quien mata… Se ha cobrado ya tres víctimas, pero procuraremos que no se cobre ninguna más. Tenemos a Zenon e Igna, bien sujetos y amordazados, y a menos que logren escapar, lo cual será bastante dificil esta vez, no tendrán oportunidad de

asesinar a nadie más.

—No escaparán, puede estar seguro —garantizó Jürgen—. Los vigilaremos mejor y seguirán atados y amordazados hasta que usted encuentre la manera de combatir y destruir ese virus que los ha convertido a los dos en bestias asesinas.

—Bien —respondió Lehmann—. Yo, por mi parte, voy a trabajar toda la noche. No descansaré hasta hallar el punto débil de ese demoníaco virus.

—Yo tampoco, doctor —dijo Astrid—. Y no intente echarme de la enfermería, porque no lo va a conseguir. Lehmann sonrió levemente.

No pienso echarte, Astrid. Te voy a necesitar.

—Bien. Pongámonos a trabajar, doctor.

Jürgen se encaró con el segundo de a bordo.

—Peter, tú regresa al puente —indicó.

—Preferiría quedarme aquí, comandante —hizo saber Oswald.

—Lo sé, pero uno de nosotros tiene que permanecer en el puente, ya lo sabes. Si ocurre algo, te avisaré inmediatamente.

—De acuerdo, comandante —respondió el pelirrojo, y dejó la enfermería, quedando en ella los cuatro hombres que trajera consigo.

CAPITULO XI

El doctor Lehmann y Astrid Richter trabajaban de nuevo con el virus cósmico, con más ahínco aún que antes. Estaban los dos cansados y tenían sueño, pero no se les notaba.

Era su sentido de la responsabilidad, su gran profesionalidad, lo que les mantenía tan activos a ambos. Sabían que tenían que hallar el modo de destruir el maldito virus, porque era la única manera de salvar a Zenon Janda e Igna Seweryn.

De salvarlos a ellos... y de acabar con el riesgo de un posible contagio general. De momento, afortunadamente, dicho contagio no se había producido, pero mientras el temible virus existiese en los organismos de Zenon e Igna, existía también la posibilidad de que invadiese nuevos organismos y causase nuevas muertes.

De ahí que, sacando fuerzas de flaqueza, el doctor Lehmann y Astrid Richter continuaran trabajando con ganas. Tenían que acabar cuanto antes con el peligroso virus, para que reinase nuevamente la tranquilidad en la «ALPHA-3000».

Jürgen Zindler los contemplaba, lleno de admiración, pues realmente parecía que ambos acabasen de levantarse de sus respectivas literas, frescos y descansados, llenos de energía.

De pronto, uno de los hombres que vigilaban a Zenon e Igna, lo llamó:

—¡Comandante Zindler!

Jürgen dio un respingo y corrió hacia el cuarto contiguo.

El doctor Lehmann y Astrid, alarmados, se levantaron y corrieron también hacia allí.

Cuando Jürgen entró en el cuarto, el miembro de la tripulación que lo llamara informó:

—¡Zenon está volviendo en sí, comandante!

Era cierto.

Zenon se estaba recobrando.

Y, como en las ocasiones anteriores, se despertó furioso.

Esta vez, sin embargo, no pudo rugir como una bestia ni soltar

feroces dentelladas al aire, porque la mordaza se lo impedía. Y eso pareció enfurecerle aún más, ya que se agitó sobre la mesa de reconocimientos con una fuerza increíble.

Los cuatro hombres encargados de su vigilancia se apresuraron a sujetarle, para que no rompiera las correas con sus terribles embates, pero era muy difícil inmovilizarle.

—¡Tiene la fuerza de un elefante! —exclamó uno de ellos.

—.¡Casi no podemos con él! —dijo otro.

—¡Habrá que inyectarle! —decidió Lehmann.

Astrid iba ya a preparar la inyección, cuando Jürgen desenfundó su arma y dijo:

—¡Yo me encargo de dormirlo de nuevo, doctor! ¡Apartaros, muchachos!

Los cuatro hombres soltaron al enloquecido Zenon y se retiraron de la mesa de reconocimientos.

Jürgen efectuó un disparo y el rayo cósmico golpeó en el desnudo tórax a Zenon, dejándolo inconsciente en el acto.

—Así ganamos tiempo, doctor Lehmann —dijo, enfundando el arma—. Y el de ustedes es oro.

—Tiene razón, comandante —sonrió el médico —. Volvamos a nuestro trabajo, Astrid.

* * *

El doctor Lehmann y Astrid Richter habían abandonado ya el cuarto destinado a la exploración clínica de los pacientes, pero Jürgen Zindler continuaba en él, pues adivinaba que Igna Seweryn no tardaría mucho en despertar también.

Y Jürgen quería estar presente cuando eso sucediese, para actuar con rapidez si así lo requería el comportamiento de la rubia. Si tenía que dispararle, como a Zenon Janda, lo haría sin dudar.

Igna, efectivamente, volvió en sí unos diez minutos después que Zenon. Pero, al contrario que éste, el a no demostró furia ninguna. Despertó tranquila, fría, inexpresiva, como se encontrara antes de recibir el rayo cósmico que le envió Astrid.

En su barbilla, habían aparecido un par de manchas azuladas, como consecuencia de los dos puñetazos que Jürgen se viera

obligado a propinarle.

Igna miró a Zenon.

Al verlo nuevamente atado a la mesa de reconocimientos, inconsciente, desvió sus ojos hacia Jürgen y los clavó en él, aunque sin denotar emoción alguna.

Zindler no quiso hablarle, consciente de que ella no le entendería, así que se limitó a vigilarla, por si sufría un ataque de rabia y empezaba a luchar con las cuerdas que la mantenían sujeta al sillón.

Pero no.

Igna siguió tranquila y sosegada.

Su mirada, de Jürgen, pasó a los cuatro miembros de la tripulación, observándolos uno por uno con frialdad, como si no los conociera de nada.

Finalmente, los ojos de Igna se posaron en los cadáveres de Miklos, Anteck y Manfred, cubiertos por las sábanas. Entonces, aunque sólo por unos segundos, sus frías pupilas adquirieron un brillo extraño, misterioso.

Zindler se percató de ello y volvió la cabeza un instante, mirando también los cadáveres.

Cuando observó de nuevo a Igna, descubrió que sus pupilas habían dejado de brillar.

La rubia no miraba ya los cadáveres.

No miraba a nadie.

Sus ojos parecían perdidos.

Y así continuaron.

* * *

Por fin, el doctor Lehmann y Astrid Richter creyeron haber encontrado el punto flaco del virus cósmico.

Después de muchas pruebas, el extraño agente infeccioso resultó sensible a un determinado producto químico.

En la última prueba realizada, el virus no pudo resistir el contacto con el producto químico y quedó destruido por él, desapareciendo por completo de las gotas de sangre utilizadas para la prueba.

Lógicamente, la alegría del médico y de su ayudante fue inmensa.

— ¡Lo hemos conseguido, Astrid!

—¡Eso parece, doctor!

—¡El virus no resiste el zolenetol! ¡Lo ha destruido por completo!

—¡Hay que informar al comandante! —dijo Astrid, jubilosa.

Jürgen Zindler salió del cuarto contiguo, atraído por las voces fuertes y alegres del doctor Lehmann y Astrid.

—¿Qué ocurre, doctor...?

—¡Ya lo tenemos, comandante! ¡Hemos dado con el punto débil del virus cósmico! —informó Lehmann. Jürgen casi da un salto de alegría.

—¿De veras...? —exclamó.

—¡Es el zolenetol!

—¿El zolenequé...?

Astrid rió.

—¡Zolenetol, comandante! ¡Es un producto químico, y el virus no puede resistir su contacto!

—¿Seguro...?

—¡Lo ha destruido totalmente en la prueba que acabamos de realizar!

—¡Bravo por el zolepentol! —exclamó Jürgen. Esta vez no sólo rió Astrid, sino también el doctor Lehmann, quien corrigió:

—¡Zolenetol, comandante, no zolepentol!

—¡Como se llame, qué diablos! —rió Jürgen—. ¡Lo importante no es el nombre, sino los efectos!

—Estamos de acuerdo, comandante —repuso el médico—. Vamos a preparar inmediatamente sendas dosis de zolenetol y se las inyectaremos a Zenon e Igna, para limpiarles la sangre de ese virus maldito.

—Igna está despierta —informó Jürgen.

—¿De veras...? —respingó Astrid,

—Sí, pero no da guerra. Está muy tranquila. —Menos mal.

—No hay que fiarse de su aparente tranquilidad, comandante —aconsejó Lehmann—. Es muy peligrosa, ya lo vio usted.

—Sí, lo sé. Les espero ahí al lado, doctor —dijo Zindler, y entró de nuevo en el cuarto.

El doctor Lehmann, con la ayuda de Astrid, preparó las dosis de zolenetol y, cuando estuvieron listas para ser inyectadas en los organismos de Zenon e Igna, pasaron ambos al cuarto contiguo.

—A quién van a inyectar primero, doctor? —preguntó Jürgen.

—A Zenon.

—Perfecto.

El doctor Lehmann pinchó en el brazo derecho aZenon Janda y le inyectó el zolenetol, que era un producto químico de aspecto lechoso.

Zenon, como seguía inconsciente, no ofreció ninguna resistencia.

Lehmann acabó de inyectarle la dosis y extrajo la aguja hipodérmica,

—Veremos cómo reacciona —dijo—. Ahora, vamos con Igna.

La rubia, que había visto cómo el médico le inyectaba aquel líquido blanquecino a Zenon, sin alterar lo más mínimo su fría expresión, tampoco ofreció resistencia cuando Lehmann le descubrió el brazo y le inyectó la otra dosis de zolenetol.

—Esto te curará, Igna —aseguró Lehmann, con una sonrisa.

Todavía no había sacado la aguja del brazo de la rubia, cuando el cuerpo de Zenon sufrió una terrible contracción, seguida de una serie de convulsiones espasmódicas.

—¡Doctor...! —gritó uno de los hombres que lo vigilaban.

Lehmann, Jürgen y Astrid se volvieron al instante y se quedaron helados de espanto al ver lo que le estaba sucediendo a Zenon a causa de la dosis de zolenetol.

CAPITULO XII

Era verdaderamente horroroso.

Escalofriante.

Alucinante, incluso.

Sí, porque aquello no se podía creer si no se veía. Y, aun presenciándolo uno con sus propios ojos, dudaba de que fuera real, pues era más propio de un mal sueño, de una pesadilla de terror de esas que hacen que uno se agite en la cama, grite, y se despierte con el cuerpo bañado de sudor.

Por eso, nada de extraño tuvo que los cuatro hombres que vigilaban a Zenon Janda se apartasen casi a saltos de la mesa de reconocimientos, aterrorizados.

Había para eso… y hasta para salir disparados de la enfermería y ocultarse en el último rincón de la astronave, tiritando de pánico.

Y los tipos estuvieron a punto de hacerlo.

Si se quedaron, fue porque se hallaba presente el comandante Zindler, con su poderosa pistola de rayos cósmicos, y confiaban en que él sabría hacer frente con eficacia a… Bueno, a lo que fuera, porque la verdad es que nadie sabía en qué se estaba convirtiendo Zenon Janda en realidad. Sólo sabían que su cuerpo se estaba transfigurando de una manera horrible, que estaba sufriendo una mutación profunda y espantosa, que ya no se parecía en absoluto a un ser humano.

Era la reacción de la dosis de zolenetol.

El resultado de la lucha que el producto químico estaba sosteniendo en el organismo de Zenon contra el virus cósmico, absolutamente vulnerable al zolenetol, lo que le obligaba a huir para no ser destruido, a salir del cuerpo del terrestre, abriéndose paso como fuera y a costa de lo que fuera.

Zenon tenía ahora cara de animal, su cuello se había alargado tanto que la cabeza le colgaba ya por el extremo de la mesa de

reconocimientos, amenazando con tocar el suelo dentro de poco. Sus brazos también se estaban alargando con rapidez, volviéndose más estrechos cada vez y adquiriendo la forma de sendos tentáculos de pulpo.

Y lo mismo sucedía con sus piernas, sólo que éstas se habían dividido en dos cada una de ellas a la altura de la rodilla, de manera que Zenon seguía teniendo dos muslos, pero cuatro pantorrillas y cuatro pies.

Bueno, la verdad es que aquello ya no eran muslos, ni pantorrillas, ni pies, ni nada que se le pareciera. Eran tentáculos. Unos tentáculos cada vez más largos, más horribles, y más peligrosos, puesto que ya casi tocaban el suelo.

El tronco del cuerpo de Zenon, por su parte, se había convertido en una masa de carne deforme. Ya no tenía pecho, ni tenía estómago, ni tenía caderas, ni tenía órganos sexuales.

Hasta el slip había desaparecido, engullido por la horrenda masa de carne que se movía como si tuviera vida propia. También la mordaza había sido tragada por las fauces de animal que ahora tenía Zenon, lo que le permitió lanzar un rugido tan poderoso que hizo estremecer la enfermería entera.

De repente, y coincidiendo con el terrible rugido de bestia prehistórica, el cuerpo deforme de Zenon reventó a la altura de lo que antes de la espantosa mutación era el estómago, y de allí surgió otra cabeza de animal, idéntica a la que casi tocaba ya el suelo, sólo que mucho más grande.

Esta segunda cabeza rugió, más poderosamente aún, y la otra estalló y se convirtió en otros dos tentáculos. ¡Ya tenía ocho en total!

¡Como los pulpos!

Jürgen Zindler no esperó ni un segundo más.

Tenía que entrar en acción antes de que aquel monstruoso ser que ahora era Zenon Janda les atacase con sus largos tentáculos, lo cual parecía que estaba a punto de suceder.

Jürgen extrajo su pistola, la reguló al máximo de su potencia, y apuntó al horripilante ser. Justo en ese momento, dos de los tentáculos del bicho se disparaban como látigos y atrapaban a dos de los hombres de la tripulación,

Los tipos chillaron, aterrados.

Y Astrid Richter chil ó con el os, horrorizada. —

—¡Dispare, comandante...! —pidió el doctor Lehmann, no menos horrorizado.

Zindler accionó el gatillo y el rayo cósmico brotó instantáneamente, yendo a estrellarse en el cuerpo del aterrado ser, destrozándolo literalmente,

La bocaza del ser, armada con unos colmillos estremecedores, lanzó un bramido atronador al recibir el mortal impacto.

Zindler, por si acaso, efectuó un segundo disparo, apuntando esta vez a la cabezota del animalote. Y, como no falló, se la reventó materialmente.

El bicho dejó de bramar y se desplomó, cayendo de la mesa de reconocimientos, muerto. Y, al perder toda la fuerza de sus tentáculos, los dos hombres que atrapara con ellos pudieron librarse de los mismos y alejarse del espeluznante ser.

Astrid se disponía a lanzar un hondo suspiro de alivio, como todos los presentes, cuando sintió que alguien le tocaba el trasero. Al volverse, creyó morirse de espanto.

¡Era Igna!

¡Se estaba volviendo como Zenon!

¡Le había tocado el trasero con uno de sus tentáculos...!

* * *

Astrid Richter se apartó de un salto, al tiempo que daba un chillido tremendo. Tan grande fue el salto, que perdió el equilibrio y cayó al suelo.

El comandante Zindler y el doctor Lehmann se volvieron hacia Igna, alarmados, y descubrieron que la rubia ya no parecía tampoco un ser humano.

Ahora tenía cara de bestia, le había crecido el cuello más de medio metro, los brazos y las piernas eran tentáculos, el cuerpo se le había deformado, reventando el traje al ensancharse...

Estaba adquiriendo la misma forma horrible que Zenon.

—¡Atrás, doctor! —gritó Jürgen, tirando del médico.

Resultó muy oportuno, pues uno de los tentáculos del ser buscaba ya las piernas de Walter Lehmann. Este se libró del tentáculo, gracias a la acción de Zindler, pero no pudo mantener el equilibrio y cayó al

suelo, como Astrid.

—¡Ayudadles, vamos! —ordenó Zindler a los cuatro hombres de la tripulación.

Los tipos se apresuraron a levantar a Astrid y al doctor Lehmann, retirándolos de alli.

Jürgen apuntaba con su arma al horrible ser que ahora era Igna.

La mutación continuaba.

Por eso Jürgen no disparó.

Quería saber si Igna se convertía exactamente en lo mismo que Zenon, antes de destruir su nuevo y espeluznante cuerpo.

Y parecía que sí.

El cuello se le había alargado tanto que, pese a estar sentada en el sillón, su cabeza, ahora monstruosa, estaba a la misma altura que la de Jürgen.

De pronto, su escalofriante boca, libre ya de la férrea mordaza, porque se la había tragado, lanzó un rugido de dinosaurio que hizo retroceder un poco más al comandante Zindler.

Tan sólo unos segundos después, el cuerpo del ser reventaba por el centro y de allí brotaba una segunda cabeza, tan estremecedora como la otra, pero mucho mayor.

Y la boca de esta nueva cabeza soltó un bramido que dejó pequeño al que lanzara la otra. Casi al mismo tiempo, la primera cabeza estallaba y se transformaba en un par de tentáculos.

Los dos que le faltaban al ser, porque ya tenía seis. La alucinante criatura ya estaba formada.

Era idéntica a la otra.

Y, como aquélla, se dispuso a atacar a los terrestres con sus largos tentáculos. Podía hacerlo perfectamente, porque las cuerdas que sujetaran a Igna al sillón habían saltado en pedazos, como el traje, durante la mutación.

El ser estaba libre y furioso, lo que le hacía doblemente peligroso.

El doctor Lehmann, temiendo que el bicho sorprendiera a Jürgen Zindler con uno de sus tentáculos y no le dejara hacer uso de su arma, exclamó:

—¿A qué espera, comandante...? ¡Destruya a ese monstruoso ser inmediatamente!

—¡Sí, dispárele! —pidió también Astrid—. ¡Acabe con él antes de que le ataque!

Jürgen no lo dudó más y accionó el disparador. Tenía que acabar con el horroroso ser.

Ya no era Igna, como tampoco el otro bicho era Zenon.

Lo habían sido, antes de la horripilante mutación, pero ahora eran dos bestias fieras y peligrosas, y había que destruirlas.

Los rayos cósmicos se encargarían de ello.

El primero alcanzó en el cuerpo al animalote, que bramó como si lo estuvieran quemando vivo. Y es que el poderoso rayo lo había destrozado.

Hubiera muerto igual, sin un segundo disparo, pero Jürgen no quiso prolongar la agonía y el sufrimiento del ser, y le destrozó la cabeza con otro rayo cósmico.

El bicho murió en el acto y quedó tendido a los pies del sillón, con los tentáculos encogidos, despidiendo un hedor repugnante, como el otro animal.

Pero nadie pensaba en malos olores, sino en que la pareja de monstruosos seres yacían muertos, certeramente abatidos por el comandante Zindler, y ya no podrían causar daño a nadie.

CAPITULO XIII

Jürgen Zindler devolvió su arma a la funda, después de regularla al mínimo de su potencia, convencido de que ya no tendría que utilizarla más.

—Se acabó, doctor —dijo.

—Sí, pero yo todavía no puedo creer lo que mis espantados ojos han contemplado —repuso Walter Lehmann.

—Ni yo —dijo Astrid Richter.

Zindler miró a los cuatro hombres de la tripulación, encontrándolos pálidos y algo temblorosos.

—Vosotros tampoco, ¿verdad, muchachos?

—Así es, comandante.

—Ha sido horrible.

—Alucinante de verdad.

—Yo jamás había presenciado nada igual.

Tras las respuestas de los cuatro hombres, Jürgen miró los cadáveres del par de animalotes y dijo:

—Ahí están los cuerpos sin vida de esos dos espantosos seres, para demostrarnos a todos que no lo hemos soñado, que no ha sido ninguna pesadilla, que ha sucedido de verdad.

—Yo nunca lo olvidaré, comandante —aseguró Lehmann.

—Ninguno de vosotros podrá olvidarlo —dijo Astrid—. Quedará para siempre grabado en nuestras memorias, como el recuerdo de Zenon e Igna...

—Me siento triste por no haber podido salvarlos; muy triste -confesó Lehmann.

—No debe culparse, doctor —dijo Jürgen—. Usted hizo todo lo que pudo. Y también Astrid.

—En realidad, todos hicimos lo que pudimos por salvarles. Por eso perdieron la vida Miklos,

—Anteck y Manfred, por querer ayudar a Zenon e Igna, El único culpable, de las cinco muertes, ha sido ese diabólico virus.

—Lo sé —asintió el médico—. Pero yo pensé que el zolenetol lo destruiría y limpiaría la sangre de Zenon e Igna, devolviéndolos a la

normalidad.

—Yo también —dijo Astrid —. Por eso me sentía tan contenta después de la prueba que hicimos. Ahora, doctor, me siento tan triste como usted.

Jürgen Zindler se mesó el cabello.

—La cosa era aún más seria de lo que nosotros pensábamos, puesto que ese extraño virus cósmico era, en realidad, una clase de vida, corno hace un momento se ha demostrado. Una clase de vida que necesitaba un cuerpo vivo para desarrollarse en su interior. Le tocó la china a Zenon y él, sin saberlo, estaba alimentando a esa otra clase de vida que había penetrado en su organismo. Y esa vida distinta, por desgracia para nosotros, quería desarrollarse también en otros cuerpos, lo que llevó a Zenon a morder a Igna, para transmitirle parte de esa vida extraña. Y la verdad es que se desarrolló rápidamente en el cuerpo de Igna.

Zindler hizo una breve pausa y prosiguió:

—El zolenetol no pudo salvar a Zenon e Igna, pero creo que nos ha salvado a todos nosotros, porque obligó a esa rara forma de vida a manifestarse, a salir de los cuerpos en los que se ocultaba, a mostrarse tal cual era. De no haber sido por ese producto químico, estoy seguro de que esos dos bichos horribles hubieran continuado escondidos en los organismos de Zenon e Igna, causando nuevas víctimas y buscando nuevos cuerpos en los que desarrollarse también, hasta hacerse dueños absolutos de la «ALPHA-3000».

—Desgraciadamente para ellos, no pudieron resistir el ataque del zolenetol y se vieron obligados a dar la cara, destruyendo los cuerpos en los que se ocultaban y ofreciendo los suyos, con lo que se descubrió el pastel.

El doctor Lehmann, que le había escuchado con mucha atención, asintió con la cabeza y dijo:

—Creo que está usted en lo cierto, comandante. Ese misterioso virus era mucho más que un virus, era otra clase de vida, como usted lo llamó. Y ahora me alegro de haberles inyectado zolenetol a Zenon e Igna, porque nos ha permitido descubrir la verdad. Una verdad que, de haber continuado ignorada por nosotros, nos podía haber llevado a todos a la destrucción y a la muerte, como usted muy bien ha señalado. Esos monstruosos seres hubieran acabado adueñándose de la astronave.

—¡Qué horror! —exclamó Astrid, estremeciéndose.

—Afortunadamente, no será así —dijo Jürgen—. Los dos seres están muertos. Y bien muertos, además. Y los tres miembros de la tripulación atacados por el os, cuando aún se ocultaban en los cuerpos de Zenon e Igna, están muertos también, así que Miklos, Anteck y Manfred no pueden atacar ni contagiar a nadie. No existe, por tanto, ningún peligro ya.

—Lo que debemos hacer, comandante, es quemar los cuerpos de los bichos, para mayor tranquilidad —sugirió Lehmann.

—Lo haremos, doctor.

—Yo quemaría t ambién los cadáveres de Miklos, Anteck y Manfred —dijo Astrid—. Fueron mordidos los tres por Igna y Zenon, y aunque estén muertos, pueden tener en sus cuerpos ese virus que genera otra clase de vida. Y para mayor seguridad...

—¿Qué opina usted, doctor? —preguntó Jürgen.

—Estoy de acuerdo con Astrid.

—Los quemaremos también, pues.

* * *

Jürgen Zindler había vuelto a llamar a Peter Oswald, para ponerle al corriente de lo sucedido y encargarle la incineración de los cinco cadáveres.

El pelirrojo acudió inmediatamente a la enfermería y fue informado de cuanto había ocurrido allí desde que él regresara al puente de mando.

De no haber visto los monstruosos cuerpos sin vida de los dos seres abatidos por el comandante Zindler, seguramente no habría creído nada de lo que le habían contado.

Y, aun así, le costaba mucho admitir que aquellos dos horribles animalotes se habían desarrollado en los cuerpos de Zenon Janda e Igna Seweryn.

—¡Parece imposible! —exclamó, horrorizado.

—Así nos pareció a todos, Peter, pero no tuvimos más remedio que admitirlo, porque lo presenciamos con nuestros propios ojos —repuso Jürgen.

—Lo que me perdí por no estar aquí!

—Mejor para ti, Peter —dijo Astrid—. Te hubieras llenado de horror, como nosotros.

—Pero hubiera ayudado al comandante a acabar con esas dos bestias asesinas.

—No importa, Peter —repuso Jürgen—. Afortunadamente, pude yo solo con ellas. Lo que hay que hacer ahora, es quemar sus cuerpos. Y también los cadáveres de Miklos, Anteck y Manfred.

Oswald respingó

—¿También los de ellos?

—Sí, para mayor tranquilidad. Ocúpate tú del traslado de los cuerpos y de su incineración, Peter.

—Está bien, comandante. Vamos, muchachos, saquemos esos cadáveres de aquí —indicó a los cuatro hombres que permanecían en la enfermería.

Los tipos se disponían ya a obedecer, cuando, de repente, las sábanas que cubrían los cadáveres de Miklos, Anteck y Manfred se fueron para arriba, bruscamente.

El hecho causó un terror general, pues quien más y quien menos pensó que los muertos se estaban levantando, y que les iban a atacar, impulsados por el maldito virus cósmico.

Pero no.

Miklos, Anteck y Manfred seguían tendidos en el suelo, inmóviles, sin vida. Lo que había sucedido, es que esa otra clase de vida que llevaban dentro de sus cuerpos desde que fueron mordidos por Igna y Zenon no quería perecer en el incinerador, y estaban saliendo de ellos, por su estómago.

El comandante Zindler y los demás pudieron comprobarlo cuando cayeron las sábanas, dejando visibles a los tres horrorosos seres que habían brotado al mismo tiempo de las desgarradas entrañas de Miklos, Anteck y Manfred.

Eran, naturalmente, seres idénticos a los que minutos antes abatiera Jürgen Zindler, sólo que más pequeños, porque aún no estaban suficientemente desarrollados.

No obstante, su monstruosa cabeza tenía ya un grosor importante y sus feroces colmillos una longitud que ponía los pelos de punta. La cabeza de cada cual se había elevado cosa de un metro, asentadas sobre los largos cuellos, y los tentáculos de cada ser se apresuraron a buscar los cuerpos de los terrestres que tenían más próximos, que

eran Peter Oswald y los cuatro hombres de la tripulación.

Jürgen Zindler reaccionó con celeridad y extrajo su pistola de rayos cósmicos.

—¡Cuidado, muchachos! —gritó, mientras regulaba al máximo la potencia destructiva del arma.

—Atrás! —ordenó Oswald, al tiempo que desenfundaba su pistola de rayos láser.

Los cuatro hombres retrocedieron, para no verse atrapados por los tentáculos de los bichos, pero como lo hicieron atropelladamente, tropezaron unos con otros y acabaron los cuatro en el suelo.

Por suerte para el os, las armas de Zindler y Oswald estaban funcionando ya. Y como los dos tenían una excelente puntería, los rayos alcanzaron en las cabezas a los tres animalotes, reventándolas literalmente.

Los bichos lanzaron sendos rugidos de muerte y se desplomaron sobre los cadáveres de Miklos, Anteck y Manfred, quedando inmóviles.

Tampoco el os habían logrado sobrevivir.

Esa otra clase de vida que pretendía adueñarse de los cuerpos de los terrestres, había sido totalmente exterminada.

Ahora sí que podría reinar la tranquilidad en la «ALPHA-3000»...

EPILOGO

Peter Oswald soltó todo el aire que tenía en los pulmones y dijo:

—Al menos no me he perdido el final...

Jürgen Zindler se acercó y le palmeó la espalda. —Así es, Peter. Aún llegaste a tiempo de vivir esta horrenda pesadilla.

—Esto hay que verlo para creerlo, comandante. Y,aun así...

—Le quedan a uno dudas, ya lo sé.

El doctor Lehmann intervino:

—Menos mal que Astrid sugirió quemar también los cuerpos de Miklos, Anteck y Manfred. Creo que eso fue lo que obligó a esos tres seres a abandonar sus cadáveres, pese a no hallarse todavía totalmente desarrollados.

—Efectivamente, doctor —asintió Astrid Richter—.No querían ser pasto de las llamas.

—Bien, cuanto antes quememos los cadáveres, mejor —dijo Jürgen.

—Estoy de acuerdo, comandante —respondió Oswald—. Vamos, muchachos, manos a la obra.

Los cadáveres fueron llevados a la sala en donde se hallaba instalado el incinerador, con toda clase de precauciones, y arrojados uno por uno a él.

Minutos después, todos los cuerpos eran pasto de las llamas.

Concluida la tarea, Peter Oswald regresó al puente de mando, el doctor Lehmann se retiró a descansar, y Jürgen Zindler y Astrid Richter volvieron al camarote de él.

Ya en el camarote, Jürgen rodeó con sus brazos a la doctora y la atrajo hacia sí.

—Al fin podremos descansar tranquilos, Astrid.

No confies demasiado en eso —repuso ella.

—¿Por qué lo dices...?

—Pienso darte mucha guerra, Jürgen.

—¿Te refieres a...?

—Sí, a eso.

Zindler rió.

—A guerras como ésas me apunto yo —dijo, y la besó en los

labios, al tiempo que la estrechaba con fuerza.

Cuando separaron sus bocas, Astrid dijo:

—Te quiero, Jürgen. Y te voy a querer siempre.

—Yo a ti también.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

Volvieron a besarse.

Poco después, yacían los dos en la litera, desnudos. Y como esta vez no les interrumpió nadie, pudieron recuperar buena parte del tiempo perdido…

F I N